



PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO,

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES.					
Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).	Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).	Garrido (D. Esteban).	Mendoza de Vives (S.ª D.ª María).	Rodríguez Cortina (D. Federico).	Serrano (D. Gaspar Bono).
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).	Fernandez Bremón (D. José).	Gonzalez de Tejada (D. José).	Mestre y Marzal (D. Carlos).	Sabando (D. Julian Manuel de).	Siló y Gutierrez (D. Evaristo).
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).	Eorteza (D. Guillermo).	Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Perez Guzman (D. Juan).	San Javier (vizconde de).	Sinúes de Marco (S.ª D.ª M. del P.).
	Frontaura (D. Carlos).	Lafora (D. Juan Bautista).	Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).	Selgas (D. José).	Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACIÓN.					
SANTA TERESA DE JESÚS.	BALMES (D. Jaime).	FEDÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).	GRANADA (Fr. Luis de).	MALLEBRANCHE.	PADRE FÉLIX (de la C.ª de Jesús).
SAN AGUSTÍN, ob., dr. y fr.	BAUTAIN (abad).	FENELON (arz. de Cambray).	GRATRY (abad).	MARIANA (P. Juan de).	POSADA RUBIN DE C. (patriarca).
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.	BOSSUET (obispo de Meaux).	FLECHIER (ob. de Nîmes).	LACORDAIRE (P. J.).	MASCARON (ob. de Agen.).	RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).
SAN JERÓNIMO dr. y fr.	BOURDALOUE (P. Luis).	FLEURY (abad).	LEON (Fr. Luis de).	MASSILLON (ob. de Clermont).	SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).
SAN IGNACIO DE LOYOLA.	DONOSO CORTES (D. Juan).	FLOREZ (P. Mtro. Enrique).	LISTA (D. Alberto).	MATHIEU (cardenal).	VEUILLOT (D. Luis).
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	DUPANLOUP (ob. de Orléans).	GALLEGO (D. Juan Nicasio).	MADRICAL (D. Alonso de).	MONTALEMBERT (conde de).	WISSEMAN (cardenal).
DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.					

SUMARIO.

REVISTA QUINCENAL, por D. L. M. Bremón.—**Sección doctrinal:** EL CRISTIANO Y LA CRISTIANA DE NUESTROS DIAS, por el abate Bautain.—**Sección histórica:** HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalembert (continuación).—**Sección monumental:** LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, por D. F. L. de H. (continuación).—**Sección biográfica:** ESTHER, por H.—**Variedades:** EL PADRE ISLA, PINTADO POR SI MISMO, por D. José Gonzalez de Tejada (conclusión).—VIAJE A TIERRA SANTA, SINAI, por H. (conclusión).—REAL Y PRIMITIVA ARCHICOFRADE DE LA CARIDAD Y PAZ, por D. Manuel Rubin de Celis.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura.—**Sección poética:** ARSENIO A PABLO, heroida, por D. Gaspar Bono Serrano.—LA CUNA VACÍA, por D. José Selgas y Carrasco.—MISCELÁNEA.—**Grabados:** ESTHER.—INTERIOR DE LA CAPILLA DE LAS TULLERÍAS EN EL ACTO DE LA PREDICACIÓN DE CUARESMA, EN PRESENCIA DE LA CORTE.—VIAJE A TIERRA SANTA. RUINAS DE PETRA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El nuevo sistema de publicación que hemos adoptado para el Museo, nos induce á establecer una marcha nueva también, á fin de dar á nuestros suscritores la relación completa de todos los acontecimientos importantes que ocurran en la actualidad, especialmente los que se refieren á la capital del orbe católico, sin que en ello tengamos que ocupar una gran parte de nuestras columnas, insertando íntegras, como hemos hecho hasta aquí, las

extensas correspondencias que desde Roma nos dirigen. Por eso inauguramos hoy la publicación de una revista quincenal, que aparecerá también en cada uno de nuestros números sucesivos, transcribiendo en ella, no solo las noticias que nos comuniquen nuestros correspondientes, sino también las que adquiramos por otros conductos verídicos, y los que nos suministre la prensa periódica.

Dicho esto, comencemos nuestra tarea hoy más que nunca ligera, puesto que á los grandes acontecimientos que acaban de tener lugar en la Metrópoli de la cristiandad ha sucedido la calma y el silencio, tan naturales como lo es el reposo al peregrino tras de una larga jornada.

Roma, pues, ha vuelto á su estado normal. Alejados de su recinto casi todos los extranjeros que habían acudido á presenciar las fiestas del Centenar de San Pedro y de las canonizaciones, ha sido abandonada también por muchos de sus habitantes, que huyendo de los rigores de la estación, y más aun de la funesta influencia colérica que le azota, se han retirado á Frascati, Albano, Ariccio y otros puntos inmediatos. Réstanos solo de tan memorable acontecimiento el imperecedero recuerdo y la

saludable influencia que ha debido ejercer en el ánimo de todos los católicos.

A seis millones de francos, sin contar el valor de los objetos preciosos, asciende el importe de las sumas entregadas al Sumo Pontífice en concepto de dinero de San Pedro, habiéndose desprendido los españoles de títulos del consolidado romano por una cantidad que representa cien mil francos de renta; pero, usando la oportuna expresión de un correspondiente, si el Papa ha recibido con una mano, ha dado con la otra, y así pueden atestiguarlo los muchos prelados que han salido de Roma con gran número de magníficos regalos de Su Santidad. Entre ellos figura el entregado al M. R. Arzobispo de Zaragoza para el periódico que se publica en aquella localidad *La Perseverancia*, y por el cual felicitamos á nuestro colega. Consiste en una medalla de oro colocada en un estuche, que lleva su busto en un lado y en el anverso la escena del lavatorio de los pies, con una inscripción debajo, que dice: *Exemplus dedi vobis*. A esta fineza añadió, para cada uno de sus redactores, una medalla conmemorativa con su retrato, y una alegoría en el otro lado, con la leyenda *Dominus concludat ora leonum*, unos

rosarios bendecidos por Su Santidad, y una fotografía del mismo, que le representa sentado en su gabinete.

Uno de los monumentos literarios que más han llamado la atención, entre las diversas obras que la fé de nuestro siglo ha producido, es la publicada en Roma con motivo de las fiestas del Centenario, bajo el título de *Homenaje católico en varias lenguas á los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo*. Esta notabilísima publicacion, que forma un tomo de 570 páginas, contiene cien composiciones, figurando en ella los distinguidos nombres de Cantú, Audissio, Perrone y Vercellone, sábios italianos; de monseñor Manning, Arzobispo de Westminster; Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans, y el padre Newman, superior de los presbíteros del oratorio de Birmingham.

También los escritores españoles han contribuido al esplendor de este *Homenaje católico*, y figuran entre ellos D. Pedro Alvares, rector de las Escuelas Pías de Alcalá de Henares; D. Antonio Aparisi y Guijarro; D. Ramon de Campoamor; el marqués de Casajara; Don José María Cláros; D. José Coll y Vehi; D. Manuel Bertran de Lis; el general Pezuela, conde de Cheste; D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe; D. Leon Galindo y de Vera; Doña Francisca Carlota del Riego Pica; D. Antonio García Vazquez Queipo; D. José García; el marqués de Heredia; D. Cándido Necedal; el conde de San Juan; D. Gabino Tejada y D. Ramon Torres Muñoz de Luna. Las composiciones de los españoles están escritas en verso y en prosa.

La funesta epidemia colérica continúa llevando el luto y la desolacion á los corazones de los habitantes de los estados pontificios: entre sus extragos tenemos que deplorar la sensible pérdida de la reina viuda María Teresa de Nápoles, archiduquesa de Austria, hermana del archiduque Alberto é hija del archiduque Carlos. Esta infortunada princesa, viuda de Fernando II, contaba solo 51 años de edad al descender á la huesa víctima del terrible azote. Entre tanto, Su Santidad, que como saben nuestros lectores, habia resuelto pasar el verano en Castell-Gandolfo, permanece en Roma, prodigando todo género de consuelos y llevando el aliento á los corazones de sus súbditos. ¡Ejemplo digno y generoso que hace resplandecer más y más la santa auréola de grandeza y de bondad que circuye su venerable figura!

De todos es sabido que en los primeros momentos de la epidemia, se constituyó en Roma una comision especial, con el fin de auxiliar á las familias pobres en que ocurrieran casos de cólera, y que el Padre Santo entregó la suma de 25,000 francos al Cardenal Vicario, presidente de dicha comision.

Se confirman las noticias relativas á la convocatoria para el 8 de Diciembre de 1868, del Concilio ecuménico anunciado por Su Santidad, al recibir á los prelados que asistieron á las fiestas del Centenar. Dicha convocatoria se hará por medio de una bula *sub plumbo*, debiendo tener lugar la reunion en San Pedro, en cuya Basílica no recordamos se haya celebrado ningun otro Concilio ántes de ahora.

El Padre Santo ha nombrado una comision especial, compuesta de los Cardenales Patrizzi, vicario del Papa y secretario de la Congregacion del Santo Oficio; Lambianco, penitenciario de la Iglesia; Reisach, prefecto de la Congregacion del Concilio; Bizarri, ex-secretario de la Congregacion de Obispos y regulares, y Bonabó, prefecto de la Congregacion de propaganda, los cuales han recibido el encargo de preparar y dirigir todos los actos precisos, siendo consultados por éstos los eclesiásticos más distinguidos de Roma en teología y derecho canónico. Las respuestas á las diez y siete preguntas que S. S. ha dirigido á todos los prelados del mundo católico, darán á la Santa Sede una norma para preparar las principales cuestiones que habrán de discutir los Padres del Concilio.

A propósito de este acontecimiento, dicen los periódicos extranjeros que el Papa se propone invitar á muchos soberanos para que asistan á Roma con este motivo, habiendo sido invitados ya nueve Patriarcas, Arzobispos ú Obispos de Turquía y de Grecia, y veinticinco ó treinta jefes de misiones orientales, para que se reunan el próximo otoño en la ciudad Eterna, á fin de preparar en este sínodo los materiales para el futuro concilio, en lo que se refiere á la iglesia de Oriente.

Afirma por último, una correspondencia de Roma, que el Rdo. P. Gigli, mayordomo del Sacro Palacio, ha presentado definitivamente la dimision con motivo de la cuestion Cornelli; y el Padre Santo ha nombrado al Rdo. P. Mariano Spada, sábio dominico. La causa contra el P. Cornelli, añade, es instruida por el mayordomo del Papa, que tiene jurisdiccion sobre todos los individuos que residen en el palacio apostólico.

L. M. BREMON.

SECCION DOCTRINAL.

EL CRISTIANO Y LA CRISTIANA DE NUESTROS DIAS,

POR EL]

ABATE BAUTAIN.

Un espíritu elevado, un filósofo cristiano, un sábio, el abate Bautain, Vicario general de París y de Burdeos, profesor de teología en la célebre Sorbona, y Doctor á la vez en las tres facultades de filosofía, medicina y letras

ha concebido y llevado á cabo el moralizador y trascendental pensamiento de reunir en una especie de código las reglas, los preceptos y los consejos necesarios al cristiano en todas las condiciones y estados de la vida.

Cuatro volúmenes componen esta obra. Dos de ellos forman lo que podríamos llamar el Manual del Cristiano, y los otros dos están exclusivamente dedicados al bello sexo. Son en realidad dos obras distintas, por más que productos de la misma idea, y encaminada al mismo objeto, puedan y deban considerarse como partes de un solo todo.

Llevar la moral cristiana á la vida práctica, infiltrar, digámoslo así, el espíritu evangélico en las acciones humanas, probar, en una palabra, que en todos los estados y en todas las condiciones se puede servir á Dios, tal es el fin que el autor se ha propuesto en la referida obra. Basta leer los índices de los cuatro volúmenes para adivinar la importancia de las materias que comprenden, y el hábil plan que en ellos se desarrolla. *El cristiano de nuestros dias* no es solamente un compendio de teorías filosóficas, fruto de una vasta instruccion y de una constante experiencia, es mucho más; es un libro de consulta, en el que todos y cada uno podemos encontrar la resolucion de los más árdusos problemas de la vida, la pauta de nuestras acciones y el camino seguro de nuestra salvacion.

La forma epistolar que el autor ha adoptado en esta obra, es la que más se presta á la sencillez del lenguaje y al tono dulce y persuasivo del consejo. Escrita para dirigir los instintos del corazon, está dictada también por el corazon, no por el talento.

Al leer las tiernas páginas de este libro, nadie diria que están trazadas por la mano del sábio autor de la *Conciencia*, de la *Filosofía de las leyes*, de la *Moral del Evangelio*, de la *Filosofía moral* y de tantas otras obras que revelan en su estilo elevado, en la profundidad de sus pensamientos y en la lucidez con que se exponen las teorías filosóficas, dotes privilegiadas de pensador y vastísimos conocimientos en las materias más abstractas. En *El cristiano de nuestros dias* parece como que el autor ha querido ocultar su fondo filosófico y su fin altamente trascendental, bajo la modestia de la forma y la sencillez del lenguaje.

Pero mucho más que cuanto nosotros pudiéramos decir en elogio de este libro, lo dirá su lectura. La aplicacion inmediata y general de las máximas que encierra á la vida práctica, nos ha decidido á reproducir lo más notable que contiene en nuestras columnas, alternando con otras obras doctrinales que sucesivamente irán apareciendo en esta seccion de EL MUSEO CATÓLICO.

EL CRISTIANO DE NUESTROS DIAS.

CARTA PRIMERA.

LA INFANCIA CRISTIANA.

Vuestro hijo, señora, va á abandonaros, y vuestro corazon maternal está consternado. Leon cuenta diez años, y aunque os ama tiernamente y se complace todavía en demostrároslo con esas dulces caricias de que son tan avaras las madres, presentís, sin embargo, que ya busca otra cosa que vos no podeis darle. Es el hombre en germen que aspira á crecer, y para ello necesita un cultivo más asiduo y un régimen nuevo. La direccion de una mujer no basta ya á su espíritu ni á su voluntad. Las labores de la instruccion deben comenzar, y su actividad viril que se despierta entre los nacieses instintos de su sexo, tiene necesidad de ser refrenada y conducida por una fuerza imponente, á la cual aprenda á amar y á respetar. Hasta hoy ha sido un débil niño, y por eso habeis desempeñado el principal papel en su educacion, como la hembra cubre y calienta á sus pequeñuelos bajo sus alas, mientras no son capaces de salir del nido. Hoy el pequeño quiere volar, y ensaya sus alas, abandonando las vuestras que le retenian cautivo con tanto amor. Ahora incumbe al padre sostenerle y dirigirle en su vuelo, y vos no podeis hacer mas que ayudarle compartiendo su solitud y templando su severidad necesaria con vuestra ternura. En una palabra, vuestro Leon, á quien habeis llevado en vuestras entrañas, unido despues á vuestro seno y estrechado con vuestros brazos todo el tiempo que habeis podido, va á pasar bajo el rudo dominio de los hombres, para que aprenda á llegara á ser hombre.

Comprendo vuestra pena, señora, y tomo tanta más parte en ella, cuanto mejor conozco lo que la causa, ó al ménos la aumenta. Muy duro es sin duda para el amor maternal no ocupar el primer puesto en la educacion de su hijo. Todo conspira en este momento contra vuestra ternura, hasta aquel mismo que es el principal objeto de ella, y que impulsado por su naturaleza y por la ligereza de su edad se regocija con lo que os hace gemir, y se anticipa en busca del cambio que tanto temeis. El niño no ve mas que á sí mismo, la novedad de su posicion y lo que de ella espera. Esa transformacion alhaga su instinto, y puesta toda su imaginacion en el porvenir, el pasado es ya para él como si nunca hubiera existido. Tan orgulloso está hoy al pensar que va á ser estudiante, como lo estaba hace algunos años al no quererse confundir por su vestido con las niñas. Se cree ya un jovencito, y se da los aires de tal, al ménos mientras no sufre, porque si el pesar le asedia, bien pronto busca el re-

fugio en vuestros brazos, y vuestra ternura será todavía por algun tiempo su paño de lágrimas. Sucede con las madres lo que con la Providencia: se las olvida á menudo en la prosperidad, pero se vuelve á ellas en la desgracia y en las adversidades, porque estamos seguros de encontrar siempre allí un auxilio ó un consuelo.

Sin embargo, conozco harto bien la grandeza de vuestro corazon para creerlo dominado por un instinto natural. Como madre, no podeis prescindir de vuestro cariño; pero sois una madre cristiana que ama el alma de su hijo más que su cuerpo, y á quien la fé da el valor de la abnegacion de sí y de sus goces en favor del verdadero bien de aquel á quien ama. Estais de antemano resignada á todos los sacrificios que exige de vos el nuevo método de vida que sus estudios imponen á vuestro hijo. Con tal que llegue á ser con el tiempo un jóven inteligente, instruido, distinguido por su talento, por su conducta y por sus modales, debeis estar satisfecha aun en medio de vuestra privacion, porque Dios no os le ha dado sino con el fin de que hagais de él un ciudadano útil á su patria y un verdadero cristiano.

¿Llegará á ser lo uno y lo otro? He aquí la cuestion. ¿Encontrará en esa severa educacion que va á comenzar todo lo que es necesario para conseguir aquel doble objeto? El primer punto no os inquieta mucho, porque teneis confianza en el talento de su padre y en los maestros que escogerá. Pero el segundo es mucho más grave, más aventurado, y de ahí dimana vuestra ansiedad. Harto bien sabeis que en el curso de los estudios se cuida más del desarrollo del talento que del cultivo del corazon, y que el mundo estima más la ciencia, instrumento de riqueza y de posicion, que la virtud, que solo lleva al cielo. ¡Oh! Si fueran á depravar ó á desecar el corazon de vuestro hijo, ese tierno corazon que latia tan al par del vuestro, y que durante muchos años ha participado, por la comunicacion del amor, de la vida de su madre, como vivió de la infusion de su sangre, mientras estuvo encerrado en sus entrañas! ¡Ese corazon que vos habeis hecho despertar á la vida moral, iluminándole con vuestra ternura; ese corazon que parecia comprender tan bien el vuestro, y al que por tanto tiempo habeis alimentado con la plenitud de vuestros sentimientos, unido á vuestra alma con la palabra y las caricias, enseñado á amar y á respetar [á Dios, inculcándole vuestra fé, anunciándole las eternas verdades! Habeis sido la primera en hacerle dirigir al cielo sus ojos, sus manos, su pensamiento, su deseo, su esperanza, enseñándole á orar; de manera, que su madre le ha dado una especie de segunda vida, culti-

vando y desarrollando en él la semilla de la eternidad, sembrada por el bautismo.

¡Oh! ¡Diosmio! os preguntais con angustia, ¿habrá sido en vano todo esto? ¿Continuarán esta obra de salud que yo he comenzado, y á la que hubiera querido consagrar mi vida entera? ¿Qué será de mi pobre hijo, tan piadoso ya, tan lleno de sentimientos tiernos y delicados para con Dios y para con sus semejantes? ¿A qué influencias se entregará su alma? Su padre, tan honrado segun el mundo, y que justamente merece la reputacion de que goza, no piensa como yo en lo tocante á la religion. Es el único punto en que no estamos conformes, y por desgracia, el más grave, porque decide todos los demás. Estima la influencia religiosa, pero al mismo tiempo la teme. Quiere que su mujer sea piadosa, querrá que lo sea su hijo, durante su juventud, pero solamente lo necesario para ayudar á mantener su obediencia, y como un recurso de disciplina y de gobierno. Careciendo de fé, ó creyendo carecer de ella, no aprecia en lo que valen sus ventajas, y la exaltacion le inspira miedo. Elegirá maestros que se le asemejen en esto, y ¡ojalá se le asemejen en todo lo demás! ¿Qué va á ser del alma de mi hijo, de la que, por mi parte, debo responder ante Dios? ¿Tendré algun dia el sentimiento de verla, por haber perdido la fé, separada de mi alma, á la que hoy está tan intimamente unida?

Tal es, señora, en medio de vuestra agitacion actual, la verdadera, la seria inquietud que os preocupa, inquietud cuyo origen es vuestra fé, que á la par os consuela y os atormenta, porque si os da fuerzas para que os resigneis á llevar á cabo el sacrificio, tambien os pone de manifiesto y os hace sentir vivamente el peligro de la situacion para el porvenir de vuestro hijo. Sin embargo de no ser vos quien ha de decidir esta cuestion, podeis ejercer en ella una gran influencia como esposa y como madre, y honrándome con vuestra confianza, me pedís consejo acerca de lo que debeis pensar, desear y aconsejar cuando vuestro marido os hable de este asunto, ó insinuar, si es posible, ántes de que tome un partido y os consulte solo por fórmula. Os diré simplemente, señora, lo que en el caso actual ofrece, á mi juicio, más ventajas, ó mejor dicho, ménos inconvenientes, aplicando á la situacion los resultados de mi larga experiencia.

Vuestro hijo, que cuenta diez años, debe, para empezar su educacion viril, salir de las manos de las mujeres y pasar á las de los hombres. ¿Quiénes serán estos hombres? He aquí la cuestion.

En vuestra posicion, solo veo tres casos posibles. O educáis á Leon en vuestra casa con

la ayuda de un preceptor, lo cual es darle una educacion privada, ó le poneis en un colegio, que es la educacion pública, ó tomáis un término medio entre los dos partidos para tener las ventajas de uno y otro, enviándole como externo á las clases de un colegio, y dándole además en casa un preceptor, lo cual será una educacion mixta.

Examinemos el primer caso.

(Se continuará.)

SECCION HISTÓRICA.

LOS MONGES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT,

de la Academia francesa.

(Continuacion).

Instrumentos visibles de la justicia divina vienen sin saberlo á vengar á los pueblos oprimidos y á los mártires degollados. Destruirán, pero será para reedificar lo que destruyan, y no tocarán nada de lo que merezca vivir ó tenga condiciones de vida. Derramarán sangre á torrentes, pero con la suya propia darán nueva savia á la Europa. Consigo traen el hierro y el fuego, pero tambien la fuerza y la vida. A través de iniquidades y males sin cuento, van á hacer que aparezcan, bajo una forma oscura todavía, dos cosas desconocidas en la sociedad romana: la dignidad del hombre y el respeto á la mujer. Ambas cosas son en ellos instintos más que principios; pero cuando el cristianismo fecundice y purifique esos instintos, saldrán de allí la caballería y la dignidad real católicas. Surgirá, sobre todo, un sentimiento ignorado en el imperio romano, desconocido tal vez aun de los más ilustres paganos, é incompatible siempre con el despotismo, el sentimiento del honor; ese resorte secreto y profundo de la sociedad moderna, el cual no es otra cosa que la independencia y la inviolabilidad de la conciencia humana, superior á todos los pode-

res, á todas las tiranías, á todas las fuerzas exteriores (1).»

Traen además la libertad, no seguramente la libertad tal cual nosotros la hemos concebido y disfrutado despues, sino los gérmenes y las condiciones de toda libertad, es decir, el espíritu de resistencia á un poder excesivo, una impaciencia viril para romper el yugo, la profunda conviccion del derecho personal, del valor individual de cada alma ante los otros hombres, así como ante Dios (2).

¡La libertad y el honor! he aquí lo que faltaba á Roma y al mundo desde Augusto. He aquí lo que debemos á nuestros predecesores los bárbaros.

Desde el punto de vista puramente religioso, más de un gran corazón, entre los cristianos, supo reconocer al instante los caracteres misteriosos con que Dios habia marcado aquellas razas, que parecían hijas solo de su cólera. En medio de las calamidades y de las angustias que trajo consigo la primera invasion

ravilloso respeto de los soldados de Alarico ante las tumbas de los mártires, y hasta llega á hablar de la misericordia y de la humildad de aquellos terribles vencedores (1). Salviano no vacila en decir que los bárbaros, aunque herejes, valian más por sus costumbres que los romanos ortodoxos. «Su pudor,—dice en otra parte,—purifica la tierra mancillada por la relajacion de los romanos.» Pablo Orosio, discípulo de San Agustin, los compara con Alejandro y con los romanos del tiempo de la república, y añade: «Los germanos trastornan al presente la tierra; mas, si lo que Dios no quiera, acaban por quedarse dueños de ella y gobernarla segun sus costumbres, quizá llegará un dia en que la posteridad salude con el título de grandes reyes á aquellos en quienes nosotros no sabemos ver mas que enemigos.»

No exageremos, sin embargo, ni vayamos más allá de la verdad. Las grandes conquistas del porvenir solo existian en germen en el seno de la fermentacion de aquellas masas

confusas é hirvientes. A primera vista no parece que las anima otro espíritu que el de la crueldad, la violencia, el amor de la sangre y de la devastacion, y, como en todas las naturalezas salvajes, esa explosion de los instintos brutales va unida á los refinamientos de la astucia.

Aquellos hombres indómitos, que tan bien sabian reivindicar la dignidad humana contra sus soberanos, la respetaban tan poco, que degollaban pueblos enteros por via de pasatiempo. Aquellos guerreros, que se arrodillaban en derredor de sus profetisas, y que reconocian algo de sagrado en la mujer (2), hacian con frecuencia á sus cautivas juguetes de su lujuria ó de su crueldad (3), y sus reyes, por lo ménos, practicaban la poligamia.

Al verse frente á frente del cristianismo, su actitud fué vacilante, su

adhesion equívoca y tardía. Si hubo entre los



ESTHER.

de los godos, San Agustin consignaba el ma-

(1) OZANAM. *La civilización cristiana en el siglo V.*

(2) «Los germanos nos dieron el espíritu de libertad, de la libertad tal cual la concebimos y conocemos hoy, esto es, el derecho y el bien de cada individuo, dueño de sí mismo y de sus acciones, en tanto que no perjudica á otro... De las costumbres germanas proviene este carácter distintivo de la civilización. La idea fundamental de la libertad en la Europa moderna, se la debe á sus conquistado-

res.» GUIZOT. *Historia de la civilización en Francia*, lec. VII.

(1) *Misericordia et humilitas etiam immanium barbarorum.* De Civitate Dei, I, 4.-Cfr., cap. 1 y 7.

(2) *Juesse quinetiam sanctum aliquid.*..... Tacito de Mor. Germ.

(3) Véase, entre otros ejemplos, el suplicio atroz de que fueron víctimas trescientas jóvenes dadas en rehenes á los thuringios.

godos algunos cristianos; si desde los primeros días de la Iglesia acudieron los obispos germanos á los concilios de Arlés, de Nicea, de Cerdeña; si en el saqueo de Roma Alarico hizo respetar las iglesias, los vasos sagrados y las mujeres cristianas; si la barbárie entera, personificada en sus dos jefes más formidables, se detuvo ante San Leon, el único que pudo contener á Geuserico y hacer retroceder á Atila, no es ménos cierto que aquellos dos siglos de invasion en el seno del mundo cristiano no habian bastado para identificar á los vencedores con la religion de los vencidos.

Los Sajones, los Francos, los Gepidas, los Alanos permanecian idólatras, y, lo que es peor mil veces, á medida que dichos pueblos se convertian al cristianismo, iban cayendo en una miserable herejía. La verdad solo les servia de puente para pasar de un abismo á otro. El arrianismo, comprimido un momento por Teodosio, seducia y dominaba á los futuros vencedores del imperio. Los Visigodos, los Ostrogodos, los Hérulos, los Borgoñones, se hicieron Arrianos. Eurico y los Sueros en España, Gesuerico y los Vándalos, en Africa inmolaban millares de mártires á esa doctrina que fué el ídolo de todos los tiranos, porque sancionaba á la vez la insurreccion de la razon contra la fé, y las usurpaciones del poder sobre la iglesia.

Bien pronto la corrupcion de las costumbres romanas inficiona á aquellas razas jóvenes y apasionadas. Su enérgica vitalidad se abandona á las impuras caricias de una civilizacion decrepita. La conquista va á convertirse en orgía; el mundo ha cambiado de dueños, pero no de destino.

¿Quién disciplinará esas razas indómitas? ¿Quién las inculcará el gran arte de vivir y gobernar? ¿Quién las enseñará á fundar reinos y sociedades? ¿Quién las civilizará sin enervarlas? ¿Quién las preservará del contagio? ¿Quién impedirá que se precipiten en la corrupcion y que se pudran ántes de haber madurado?

Todo esto lo hará la iglesia por medio de los monjes.

Del fondo de los desiertos de Oriente y de Africa, Dios hace salir una nube de hombres negros, más intrépidos, más sufridos, más infatigables y más duros que lo fueron jamás los Romanos y los bárbaros. Se diseminan sin ruido por todo el imperio, y cuando suena la hora, aparecen en Occidente y en Oriente.

Llegan los bárbaros, y á medida que avanzan, á su lado, delante, detrás, por do quiera que han pasado con el incendio y la muerte, otros ejércitos vienen y acampan silenciosamente, otras colonias se forman, se agrupan y se consagran á reparar los destrozos de la invasion y á recoger los frutos de la

victoria. Luego, cuando los exterminadores lo hayan invadido, lo hayan asolado, lo hayan conquistado todo, aparecerá un gran hombre. Benito será el legislador del trabajo, de la continencia y de la pobreza voluntarias: contará por millares sus hijos, que serán sus soldados. El jefe de los bárbaros se prosternará ante él, y él le alzaré del suelo, imponiéndole por condicion que sea su vasallo y su aliado. Escribirá una regla que, durante seis siglos, iluminará la Europa como un faro de salud, y que será la ley, la fuerza y la vida de esas pacíficas legiones, destinadas á inundar á su vez la Europa, pero para fecundarla, para reedificar sus ruinas, cultivar sus devastados campos, poblar sus desiertos y conquistar á sus conquistadores.

El imperio romano sin los bárbaros, era un abismo de servidumbre y de corrupcion. Los bárbaros sin los monjes, era el caos. Los bárbaros y los monjes reunidos, van á reconstruir un mundo que se llamará la Cristiandad.

(Se continuará.)

SECCION MONUMENTAL.

BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

II.

Después de once años de existencia y de gloria, la Basílica amenazaba ruina, y Nicolás V, que en 1450 ocupaba la silla de San Pedro, concibió el designio de erigir un nuevo edificio, más vasto que el precedente, cuyo esplendor sobrepusiera al templo mismo de Salomon. «El Papa Nicolás V, dice Eugenio de la Gournerie, es uno de los que reunen más títulos á la gratitud de la posteridad: su aficion á las empresas grandes iba unida á la sencillez del cristiano; generoso hasta la prodigalidad, daba sumas considerables por cualquiera traduccion de Homero ó de Herodoto, mostrando siempre sus manos abiertas para socorrer la pobreza y el infortunio. Ningun príncipe de Europa tenia una corte comparable á la suya: en ella brillaban los historiadores Manetti, Bruni el Aritino, Poggio, Guarini de Vesona, Juan Arispa, Teodoro de Gaza, Valla, Filelfo, Jorge de Trebisonda, el arquitecto Rossellini, el gran Alberti y el ángel de la pintura, Fray Angélico de Fiésola (1).»

Acostumbrado al trabajo desde su infancia, Nicolás no era extraño á ningun ramo del saber humano; invertia luengas horas en copiar ó traducir manuscritos, y podia dar consejos á los literatos, lecciones á los filósofos, y hasta los mismos artistas hallaban en él un guia lleno de buen gusto y experiencia, segun afirma Vasari. Acrecentó, y aun podria decirse que fundó la famosa biblioteca del Vaticano, por la preciosa coleccion de manuscritos que

depositó en ella, y los Estados romanos le son deudores de muchos establecimientos de utilidad pública.

Nicolás V hizo dar comienzo á las obras de la Basílica de San Pedro bajo la direccion de Bernardo Rossellini; pero la muerte, que vino á sorprenderle cinco años despues, hizo paralizar y casi abandonar la empresa en 1455. Por más que los planos hayan sufrido modificaciones posteriores, á este Pontífice corresponde la gloria de aquel gigantesco propósito; tanto es así, que aun los que condenan el proyecto de sustituir con una modificacion nueva la antigua Basílica constantiniana, no pueden negar á tan grande hombre los elogios que merecen la elevacion de su genio y lo atrevido de sus concepciones.

Cuando Juho II, al cabo de una larga interrupcion, determinó proseguir las obras, se le opusieron muchos personajes eminentes y gran número de cardenales. La tentativa de Nicolás V habia creado poderosos antagonistas que fundaban sus quejas en el disgusto que produciria la destruccion de un templo tan célebre en el universo cristiano, donde tantos y tan ilustres peregrinos habian doblado sus rodillas, que abundaba en recuerdos gloriosos para la religion del Crucificado, y en que se verificaron sucesos notabilísimos que enaltecian las páginas de la historia. Julio II, empero, no prestó oídos á tales lamentaciones, y encargó á Bramante la construccion del edificio.

Dotado aquel artista de una imaginacion ardiente, y colocado á la cabeza del movimiento civilizador que entonces á Italia impulsaba, tuvo el bizarro pensamiento de edificar cuatro elevados pilares en medio del templo, y sustentar sobre ellos, apoyando en sus capiteles como en una vara áerea, la ponderada cúpula del panteon de Agripa. Este proyecto audaz colmó á todos de asombro y fué acogido con entusiasmo. Imaginaban ya ver elevarse á inmensa altura aquella media naranja imponente que domina la ciudad y la campiña de Roma; pero, ¿cuántos años habian de transcurrir aun antes de que la cruz brillase en la veleta del monumento!

Primeramente fué derribado el centro de la antigua Basílica, celebrándose el oficio divino en las demás capillas de la iglesia. El 18 de Abril de 1506, despues de cantar una solemne misa en el altar mayor, colocó la primera piedra el Papa Julio II, con ceremoniosa pompa, grabándose en el mármol la inscripcion siguiente:

ÆDEM PRINCIPIS APOSTOLORUM
IN VATICANO VETUSTATE ET SITU
SQUALEMTEM A FUNDAMENTIS
RESTITUIT JULIUS LUGAR
PONT. MAX.

AN. M. D. VI.

(1) *Rome Chretienne*, tom. II, págs. 107 y 108.

Bramante, que era de carácter naturalmente fogoso, desplegó extraordinaria actividad é hizo adelantar rápidamente la construcción; los pilares, elevados ya á grande altura, sostenían bóvedas y arcos inmensos; pero no eran bastante resistentes para soportar carga tan pesada, por culpa de esa misma precipitación; algunas grietas comenzaban á demostrar la escasa solidez de las obras, cuando el arquitecto director de ellas bajó á la tumba, que bien pronto se abrió también para recibir al Pontífice.

Julio II tuvo por sucesor á Leon X y reemplazó al artista Rafael de Urbino, doble elección que fué recibida con aplauso unánime y justamente en verdad; porque esos dos nombres resúmen toda la gloria de Italia en el siglo XVI. A Leon X, vástago de la ilustre familia de los Médicis, cupo la honra de dar su nombre al siglo en que vivió, honor que solo han disfrutado Pericles, Augusto y Luis XIV. Entonces, más que en ninguna otra época, fué Roma el punto de reunión de los artistas y de los literatos, á quienes el Pontífice prodigaba estímulos y recompensas. El entusiasmo llegaba á su colmo, y como acontecer suele en todos los accesos entusiastas, con la embriaguez de aquel brillante renacimiento italiano, más de una vez se avanzó en demasía excediendo los límites del objeto á donde era propósito llegar. Los literatos recibieron títulos honrosos que lisonjaban su orgullo, y alcanzaron pingües beneficios, aspirando algunos á la púrpura romana. Unicamente se cita como excepción singularísima el caso de Augurullo, que habiendo escrito un poema intitulado, *Arte de fabricar oro*, solo recibió en premio un bolsillo que le entregó el Papa, diciéndole en tono jovial:—«Una bolsa vacía es todo lo que puede ofrecerse á un hombre tan hábil.»

Al morir Bramante dejó tras sí un edificio que se desmoronaba y carencia de planos para proseguirlo. Rafael hizo un modelo que mereció la aprobación del Sumo Pontífice. Los pilares fueron reforzados y adquirieron una solidez á toda prueba, ayudando al artista en operación tan importante y delicada, los dos arquitectos San Gallo y Fray Giocondo. Por desgracia, el más célebre de los artistas, Rafael Sanzio, denominado el *Homero de la pintura*, fué sorprendido prematuramente por la muerte, que le arrebató el 7 de Abril de 1520, á la temprana edad de treinta y siete años, y al año inmediato espiró también Leon X, en 1521, viendo turbada la paz en los últimos años de su pontificado por la herejía de Lutero.

Como todas las revoluciones, la de Lutero se inició prometiendo la destrucción completa de los abusos; pero, según la condición fatal inherente á las reformas que el populacho

quiere operar contra la autoridad que le gobierna, el reformador y sus secuaces ocasionaron desórdenes mil veces más perjudiciales que cuanto pretendían extirpar, y los horrores de Múnster no tardaron en sembrar el terror por el mundo civilizado. El principal pretexto de los innovadores alemanes fué la predicación de las indulgencias que tanto Leon X como Julio II, su predecesor, concedieron á los que contribuyesen con sus limosnas á la construcción de la Basílica de San Pedro.

Cayeron entonces sobre Roma y la Italia en general, calamidades de toda especie. Mientras que la Lombardía era presa de una lucha sangrienta, la población romana veíase diezmar por la peste, affigiendo al pontificado de Clemente VII azotes y plagas terribles, que en vez de terminar, iban agravándose de día en día. A la vez que Francisco I, vencido en los campos de Pavía, perdíalo todo *ménos el honor*, los Colonna se apoderaban del palacio de Letran, devastaban el Vaticano, la ciudad Leonina, y los restos que aun existían en pie de la antigua Basílica constantiniana.

Y todavía estas desgracias eran precursoras de otras muchas, sirviendo, por decirlo así, de preludio á desastres aun más afflictivos. Las bandas alemanas mandadas por Freundsberg, y los españoles conducidos por el Condestable de Borbon, aparecieron el 5 de Mayo de 1527 coronando las alturas del monte Mario. Al día siguiente penetraron los soldados en la ciudad, donde los alemanes, excitados por el fanatismo luterano, cometieron todo género de violencias. Corrió la sangre á torrentes, las iglesias fueron profanadas y saqueadas, las reliquias de los santos reducidas á cenizas ó pisoteadas, abiertas las sepulturas y esparcidos al viento los huesos insepultos; en fin, por todas partes el libertinaje desenfrenado mezclaba la crueldad á sus orgías. Aquella jornada fué uno de los días más nefastos que registra la historia en sus páginas. Y para colmo de desdichas, en 1530 se desbordó el Tíber, causando su inundación males sin cuento, al par que la peste unía sus estragos á los ataques de la guerra.

No tardaron, con todo, en cicatrizarse estas llagas. El estruendo de las armas y la muerte, hiriendo con golpes implacables, habían dispersado á los sábios y á los artistas; pero la paz los reunió, y entre ellos vino á descollar Miguel Angel Buonarrotti. La construcción de San Pedro se encomendó á Peruzzi, y, gracias al celo del soberano Pontífice y á los esfuerzos del arquitecto, se terminó la bóveda.

En 1534 sucedió á Clemente VII Pablo III, de la familia Farnesio, que, al asentarse en la Cátedra de San Pedro, se propuso corregir los abusos, calmar las diferencias religiosas, apa-

ciguar las pasiones y reconciliar entre sí á los príncipes de Europa, empresa digna de un Vicario de Jesucristo en la tierra: si el éxito era imposible, al ménos había cierta gloria en intentarlo. Dotado aquel Pontífice de un gran talento y de un gran corazón, unía á sus virtudes el amor á las artes; así es, que dió gran impulso á las obras del templo: el arquitecto San Gallo secundó las miras del Papa, y muy pronto millares de operarios trabajaban asidos en torno del monumento, como un enjambre de abejas industriosas. Pablo III no quiso permitir que el Oficio divino se interrumpiera en aquella parte aun subsistente del antiguo edificio.

Cuando San Gallo exhaló el postrer suspiro, en 1546, vióse aparecer en escena al famoso Miguel Angel. Aquel hombre eminente renunció al principio cuantas ofertas se le hicieron para dirigir la construcción de la Basílica; pero vencido al fin por las instancias del Papa, aceptó, á condición de trabajar *gratuitamente*, resuelto de todo punto á emplear su talento «por amor de Dios, de la Santísima Virgen y del Príncipe de los Apóstoles.» Miguel Angel era un sér de alma tan ardiente y altiva como generosa, y nada apreciaba tanto como su independencia. Comenzó por despedir una multitud de empleados inútiles que consumían los recursos de la cristiandad sin prestar provecho alguno, y aunque tal medida le grangeó numerosos enemigos, no por eso vaciló su ánimo firme, ni cedió á clamores ni se doblegó á las amenazas; siguió su proyecto, y las obras adelantaron con una prontitud y una celeridad hasta entonces desconocidas. El Pontífice suministraba sumas enormes, cuya inversión útil y sabiamente distribuida se notaba, pues el edificio crecía á la vista palpablemente.

Fuerza es convenir que empañaba el genio de Miguel Angel un tinte de rudeza y de austeridad casi feroz; así es, que sus enemigos y sus émulos no perdonaban ocasión de perjudicarlo y zaherirle, estallando con furor sus odios al fallecimiento de Pablo III, ocurrido en 1549. Por fortuna suya, Julio III, perfectamente informado de la verdadera causa de aquel tumulto, redujo al silencio á los destructores del artista, en cuyo descrédito ensayaron entonces esgrimir las armas de la calumnia, y recurriendo á las no ménos ponzoñosas del ridículo, lanzaron contra él sangrientos epigramas, burlándose hasta de la vejez del maestro, á la sazón ya octogenario. Miguel Angel despreciaba las sátiras malévolas de sus indignos adversarios, y proseguía trabajando con igual perseverancia «por el amor de Dios, de la Santísima Virgen y del Príncipe de los Apóstoles.»

Tan noble abnegación merecía recompen-

sa, y la obtuvo: consiguió terminar felizmente la torre principal, que, adornada con una hilera de columnas, dominaba la campiña de Roma, y estaba á punto de recibir la magnífica bóveda que el viajero saluda, contemplándola con admiración y respeto en cuanto divisa la ciudad Eterna. Presentaba la obra un sello tal de perfección, que los romanos y los extranjeros quedaban extasiados á su vista; apagáronse los odios y quedó desarmada la envidia en términos, que amigos y enemigos opinaban unánimes. Temiendo que el genio del artista se amortiguara con la edad, exigieron de él que construyese un modelo á que ajustarse hasta la conclusión de la cúpula: Miguel Angel terminó este proyecto en ménos de un año, viniendo á ser el testamento de aquel ingenio asombroso, que falleció el 17 de Febrero de 1564. Había vivido ochenta y ocho años, y sus exéquias fueron un triunfo para su fama, porque á ellas concurrió la ciudad entera. Algun tiempo después, fueron trasladados sus restos mortales á la iglesia de Santa Cruz, en Florencia.

Bajo el pontificado de Pio IV, que hizo desembolsos considerables, se encargaron de la continuación del edificio Pedro Ligorio y Vignole. San Pio V, á quien recomienda la victoria de Lepanto para el reconocimiento de la posteridad, nada perdonó para secundar los progresos de la empresa: despidió á Ligorio, que pretendía temerariamente cambiar los planos adoptados hasta entónces, dejando solo á Vignole, que terminó las dos cúpulas laterales. Clemente XIII y Sixto V encontraron en Santiago de la Porta un hábil intérprete del pensamiento de Miguel Angel. Sixto V, principalmente, á quien Roma y la cristiandad entera deben saludables reformas y creaciones útiles, consagraba especial atención á los adelantos de la inmensa Basílica, cuya terminación aspiraba á conseguir; pero tamaño placer estaba reservado al Papa Pablo V, el cual hizo grabar su nombre en el friso de la fachada.

Así fué como se terminó la construcción del templo más vasto del orbe, que habían de contribuir á embellecer los años sucesivos, habiéndose invertido en su construcción novecientos sesenta millones de reales. Sus principales dimensiones son:

Longitud exterior.	219 m.
— interior.	188 m. 50
— del crucero.	151 m. 60
Latitud interior de la nave.	27 m. 33
Altura total hasta el límite de la cruz.	136 m.
Elevación de la media naranja.	48 m.

Después de haber bosquejado ligeramente la historia de la construcción de la Basílica de San Pedro, réstanos ahora describir las diferentes partes del edificio, que será objeto del artículo siguiente y último.

F. L. DE H.

SECCION BIOGRÁFICA.

ESTHER.

La colosal figura de esta mujer heroica, destácase brillante entre las más notables de los pasados siglos, siendo su nombre uno de los más esclarecidos que registran las páginas del Nuevo Testamento. Conocidas son de todos las cruentas luchas que en lo antiguo sostenían los pueblos, señalándose principalmente entre ellos las belicosas razas orientales, que por do quiera sembraban el estrago y el exterminio. Cruels siempre los vencedores con todos los que subyugaba el peso de sus armas, devastaban los campos y las mieses, entregaban las poblaciones al saqueo y á las llamas, sacrificando á los infelices moradores que no habían alcanzado la triste gloria de sucumbir al filo del acero victorioso en la pelea.

Bajo el reinado de Nabucodonosor II, rey de Babilonia, sufrieron los judíos un largo período de setenta años de prueba, que arrancó profundos sollozos y acerbos lágrimas á los profetas. Cierta es que Ciro decretó un día que los hebreos fuesen libres de regresar á Judea y reedificar el templo de Jerusalem, cesando en el ominoso cautiverio de aquel pueblo infeliz; pero los odios que contra ellos abrigaban algunos ministros y la rivalidad de los hijos de Samaria, hicieron ilusorios los beneficios que les dispensaba el nuevo rey, prefiriendo muchas familias prolongar el destierro junto á las tumbas de sus mayores, á emprender la fuga en busca de una patria en donde su Dios no recibía culto.

Entre los judíos á quienes plugo residir en extranjero hogar, hallábase Mardoqueo, hijo de Jair, procedente de la tribu de Benjamin y de la raza de Feniul, en la que el rey Saul contó su progenie. Nació en Sura ó Susan, bellísima ciudad situada entre los lirios que brotan abundantes á las orillas del Coaspe, y que Darío erigió en capital de su imperio, y con él habitaba bajo su amparo la hija huérfana de su hermano Abiahib, llamada Esther ó Eolisa, nombres que en idioma hebreo significan suavidad y belleza, cualidades no desmentidas en la preciosa jóven, cuyas virtudes y dotes altísimas la hicieron merecedora de supremos dones, elevándola á un puesto capaz de ofrecer á los suyos protección y refugio suficiente.

Crecía la hermosa doncella en años y en donosura, adquiriendo un caudal no exíguo de relevantes dotes, al cuidado afanoso de su tío, siempre encerrada en los estrechos límites del más severo recato, sin ostentar públicamente sus gracias, ocultas en las sombras del retiro, bien así como las flores modestas á

quienes hiere la luz del día, cierran la corola preservándola de los ardientes rayos solares y solo extienden sus pétalos al encantado beso de la noche, esparciendo entre el soplo de las auras el suave perfume de la inocencia.

Incapaz de sostener con sus débiles hombros el peso de la gloria de su padre, sucumbió Cambises, sucesor de Ciro, legando el dominio de los vastos territorios que desde la India se extienden hasta el mar Egeo, y desde el Ponto Euxino y el mar Caspio hasta el Océano y la Etiopía, al famoso Asuero, llamado fastuosamente el rey de los reyes, porque á más de constituir su imperio diferentes países conquistados, rendíanle vasallaje algunos reyes tributarios suyos (1).

En el tercer año de su reinado quiso el rey festejar á los grandes del imperio, y con tal motivo hizo invitar á los príncipes y oficiales más valerosos é ilustres entre los persas y los medos, y á los gobernadores de las ciento veintisiete provincias que le rendían obediencia, para que disfrutasen de un convite sin ejemplo en los jardines del palacio real. La esplendidez de aquel festín fué tanta, que en los seis meses de su duración, rivalizando todos en magnificencia, no sabían qué admirar más, si la suntuosidad y riqueza del adorno, la exquisita y variada profusión de manjares, la rica multitud de vajilla, ó el esplendoroso brillo de las piedras y metales preciosos que allí ostentábanse en abundancia. En todos estos festejos reinó la libertad más amplia entre los convidados, y la reina Vasthi, por su parte, obsequiaba también á las damas suntuosamente en los departamentos interiores del alcázar.

Llegado el término de tan singular convite, quiso el rey hacer un nuevo alarde de su grandeza y poderío, convidando á tomar parte en aquel regocijo á todos los pobladores de la capital, sin distinción de clase, edad, sexo ni estado. Aconteció que Asuero, excitado tal vez con demasía con los vapores del vino, tuvo la extraña idea de enviar siete eunucos en busca de la reina, para que haciéndole llegar á su presencia ciñendo la corona, pudiese admirar todo el pueblo la notable hermosura de la soberana, realizada con el brillo de los atributos reales. Negóse Vasthi á satisfacer aquel capricho, considerándolo como un ultra-

(1) Pretenden algunos autores que este rey era el mismo Darío, hijo de Histaspes, confundiendo otros con Artajerjes Longimano, cuando en realidad son tres personas distintas, y tampoco falta quien le llame Ciro. Procede el error, de que el nombre de Artajerjes era común á todos los reyes persas, así como solía darse á los medos el de Asuero, y el de Darío á los de otras comarcas indias. De todos modos, aquí consta que Asuero (que pudo muy bien llamarse Ciro además de usar aquel sobrenombre) ejercía la soberanía por derecho propio de herencia, lo cual no conviene al competidor de Alejandro, que llegó á reinar merced á la astucia de su escudero y al reinado de su caballo al sol; no debe confundirse con el Artajerjes citado, que reinó en época muy posterior á la suya.



INTERIOR DE LA CAPILLA DE LAS TULLERÍAS EN EL



PREDICACION DE CUARESMA, EN PRESENCIA DE LA CORTE.

je á las costumbres de su sexo y á las leyes del país; mas irritado el monarca con tal repulsa, quiso imponerla un ejemplar castigo, y de acuerdo con el consejo de sus aduladores cortesanos, decretó el repudio y degradacion de aquella reina digna, haciendo público el vergonzoso edicto por todo el reino á son de trompeta, para que sirviese de ejemplo, decia, á todas las mujeres que desobedecen á sus maridos.

Los servidores de Asuero, afanándose por borrar las huellas del remordimiento que le atormentaba, y con el fin de evitar una reconciliacion posible entre los cónyuges, hicieron buscar por todo el imperio las doncellas más lindas que pudieran hallarse, depositándolas en el *Haram*, palacio destinado á las vírgenes, para que viéndolas el rey, eligiese entre ellas su nueva esposa. Esther fué de este número, y al tocarla por turno presentarse á los ojos del soberano, sin más adorno que su candor y su modestia, rechazando los brillantes atavíos que la ofrecian por gala, quedó Asuero suspenso y maravillado viendo un prodigio tal de hermosura, de timidez y de gracia incomparables, hasta el punto de preferirla á todas sus rivales, colocar en sus sienes la real diadema y proclamarla reina en lugar de Vasthi. Celebráronse las bodas con grandes festejos, asistiendo á ellas los magnates de la corte y altos empleados de palacio, otorgando el rey á los pueblos, en señal de regocijo, disminucion de las cargas públicas, supresion de algunos tributos y otorgamiento de otros beneficios.

No alteró la sencillez de costumbres ni ensoberbeció el alma de Esther su imprevista elevacion á tal grandeza, ántes bien, recogíase con humildad al interior de sus aposentos buscando un modo fácil de favorecer la suerte de sus compatriotas, mostrándose dócil y sumisa á los consejos de su tío como cuando huérfana y desvalida vivia bajo su cariñosa tutela, aunque por indicacion de éste ocultó su religion y patria, verificando sus conferencias con tal sigilo y discrecion, que nadie pudo sospechar jamás el parentesco que á entrambos unia. Mardoqueo, por no alejarse de Esther en caso preciso, habitaba en la puerta de palacio, donde ejercia un empleo, y desde allí logró descubrir un complót tramado por dos eunucos, oficiales de la guardia del rey, á quien proyectaban quitar la vida. Dió conocimiento de este plan el hebreo á su sobrina, quien le participó al monarca, siendo los culpables presos, interrogados, convictos y sentenciados á muerte. Este suceso fué consignado en los anales del reinado aquel, ensalzándose el nombre de Mardoqueo hasta las nubes, como única recompensa de tal servicio.

Por aquel tiempo gozaba de gran privanza en la corte de Suran un amalecita, descen-

diente de Agag, llamado Aman, enemigo irreconciliable de la raza hebrea. Llegaba á tal extremo la ciega vanidad del favorito, que todos los siervos del rey se humillaban á su paso en señal de respetuoso homenaje, tributándole honores que rayaban ya en adoracion excesiva. Unicamente Mardoqueo rehusó prestar al valido aquella muestra de vasallaje, é increpándole éste con voz dura, aunque infructuosamente, juró exterminar al orgulloso israelita y toda su raza para vengar la afrenta hecha á su soberbia. Prevalido de la influencia que en el ánimo del rey ejercia, logró obtener de éste que fulminase un decreto impío, autorizando la matanza de los judíos residentes en todo el imperio, sin distincion de sexo ni edad, debiendo verificarse el exterminio el dia 13 del mes duodécimo, denominado Adar. Clamaron los hebreos contra aquel edicto sanguinario y feroz que ponía término á su vida tan cruelmente, despues de hacerles pasar tantas angustias, y Mardoqueo hizo llegar á manos de Esther copia del escrito homicida, rogándola que valiéndose de su posicion y ascendiente con el monarca, se arrojase á sus piés implorando el perdon del pueblo israelita.

Estaba prohibido expresamente entre los persas llegar á la estancia del soberano sin orden suya, bajo pena de muerte, si éste no otorgaba su clemencia al reo; pero Esther, despreciando los peligros á que le exponia su audacia, despues de ayunar tres dias y hacer severa penitencia, orando al Señor por la suerte de Israel, vistióse las galas más ricas, se adornó con las de más precio, y encaminóse resuelta á la cámara real con todo el esplendoroso brillo de la majestad y de la belleza. Viéndola Asuero llegar inopinadamente á aquel vedado paraje, brilló en sus ojos un relámpago de furor; mas desvaneciéndose en el acto, al notar cómo su hermosa y atribulada cónyuge mudaba en tristeza la dulzura de su semblante, trocando en mortal palidez el sonrosado matiz de las mejillas con que disfracaba el dolor profundo de su alma, para caer desvanecida en brazos de las damas que tras ella seguian acompañándola ó sosteniendo las puntas del manto y los abundantes pliegues de su ampuloso ropaje. Inquieto, alarmado el rey, descendió solícito de su trono, y alargando el cetro á su esposa en señal de perdon, la invitó con cariñosas palabras á exponer su cuita, ofreciéndola de antemano acceder á sus deseos, aunque demandase la mitad del reino. Temerosa Esther de malograr su propósito si no era llegado aun el momento oportuno de explanar la queja estando allí presente Aman con los demás cortesanos, limitóse á pedir al soberano que la honrase aceptando un banquete en compañía de Aman. Otorgó el rey la gracia y renovó durante la comida su promesa; pero la reina continuó guardando si-

lencio, y aplazó para un segundo convite exponer su súplica.

Salió el privado ébrio de satisfaccion con aquella honra solo á él dispensada, aunque amargó su dicha la persistencia de Mardoqueo en no saludarle. De acuerdo con su familia, resolvió imponer un castigo ejemplar á la tenacidad del judío, y al efecto mandó elevar un patíbulo de extraordinaria altura, donde expiase aquel la injuria inferida á un egregio magnate. Mientras tanto el monarca, no consiguiendo hallar reposo aquella noche, escuchaba la lectura de los anales de su reino; llegando al caso de la conspiracion descubierta por Mardoqueo, preguntó qué premio habia recibido por su fidelidad aquel servidor, oyendo con asombro que no se le habia otorgado recompensa alguna. Hizo llamar á su ministro, que muy de mañana se presentó en la antecámara, con el designio de conseguir la muerte de su rival, y al verle preguntóle el rey: ¿qué deberia hacerse con un hombre á quien él deseaba honrar? y como su vanidad le cegaba, entendiendo ser él el aludido, dijo, que adornado con las vestiduras reales, debia pasear en triunfo por toda la ciudad sobre un caballo que llevaria del diestro el príncipe ó personaje más elevado de la corte. Cuando supo que aquel desusado honor habia de ser tributado á Mardoqueo, ante el cual era su humillacion forzosa, tembló de coraje y de despecho el soberbio amalecita. Obedeció empero, y rindió á su enemigo los honores que estimaba él para sí, yendo á ocultar su vergüenza y su sonrojo en el seno de su familia.

Los servidores de palacio fueron á turbar su duelo, anunciándole su precisa asistencia al régio convite. Acudió á él, mal de su grado, y cuando Esther, apremiada por el rey, se atrevió á confesar su origen, solicitando gracia para el pueblo israelita, condenado á muerte para satisfacer la ambicion de un osado favorito, y pronunció el nombre de Aman, quedóse el misero confuso, anonadado, yerto, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, sin atreverse á alzar la vista ni poder sufrir la terrible mirada de su rey. Alzóse del asiento Asuero, transportado de furor, y salió al jardín sin proferir palabra. Conociendo Aman que estaba perdido, se puso en pié tambien para rogar á Esther por su vida, y, acercándose al lecho sobre que se reclinaba la reina para comer, segun costumbre de los orientales, suplicábale, postrado á sus piés, que le alcanzase gracia y perdon del rey. Volvió á entrar éste á la sazón, y advirtiéndole al culpable en aquella postura equívoca, atribuyó tamaña accion á la infame osadía de una pasion temeraria, y en el colmo de su enojo, sin atender á súplicas ni ruegos, sentencióle á morir en su misma casa, en el mismo cadalso dispuesto para Mardoqueo.

Aquel mismo día declaró el rey que todos los bienes de Aman fuesen confiscados en favor de Esther; recogió el anillo real que usaba el valido, y entregóselo á Mardoqueo, á quien nombró ministro en lugar de aquel. Pocos días después, el 23 de Sibán, tercer mes entre los asirios, mandó el rey expedir un nuevo decreto, revocando el anterior, en que se determinaba el degüello de los israelitas, y autorizó á éstos para que, en la misma hora señalada para su matanza, exterminasen á todos sus enemigos, en justas represalias de la malevolencia con que éstos habían proyectado tratarles. Perecieron en la refriega innumerables víctimas, entre las que se contaron los diez hijos de Aman, que, así como sus demás deudos y quinientos hombres más, sucumbieron en Sura al filo de la espada.

Desde entonces terminó el infortunio de los judíos, que hallaron en la protección de Esther y de su tío valioso amparo, sin que dejasen de otorgarles su favor en adelante los monarcas persas, aun después de fallecer la reina. Así pudieron lograr el consuelo de ver nuevamente á Jerusalén, levantar sus muros y reedificar el templo en la ciudad Santa. De este modo se demuestra cuán poderosa es la virtud, aun en su misma debilidad, y lo impotentes que contra ella son los ataques de un ser injusto.

Inútil es encomiar aquí la excelencia de las dotes que adornaron á Esther; su fama colossal ha inspirado en todo tiempo la imaginación de los genios más ilustres, á cuyas celebrísimas creaciones sirvió de asunto; Nicolás Poussin, Dominiquino, Pablo Veronés y el Tintoretto retrataronla admirablemente con sus mágicos pinceles, y la fecunda pluma de Racine supo immortalizar el recuerdo de la sublime hebrea, componiendo en loor suyo una tragedia que vivirá luengos siglos, llevando á la posteridad, en alas de la fama, su glorioso nombre.

F. L. DE H.

VARIEDADES.

EL PADRE ISLA RETRATADO POR SI MISMO

(Conclusion.)

Poco tiempo debían ya disfrutar los condes Todeschi y la marquesa Tanary de la grata conversacion del jesuita español. «Ya estoy pared en medio de los ochenta años, dice á 22 de Julio de 1781, bien atestado de molestísimos ajes, con ojos que no ven, con piernas que no andan, con manos que de poco ó nada me sirven, y con un ahogo de pecho, que al más leve movimiento me falta la respiración; pero estoy muy lejos de pedir á Dios que me

alivie, solamente le pido que me asista, para que sepa aprovecharme bien de estos preciosos trabajillos....» «Baldado todo el lado izquierdo, casi enteramente perdida la vista de él, continuas convulsiones, poco ménos que universal temblor de todos los miembros, tanta debilidad en las piernas, que no puedo estar en pié ni decir misa, sino raras veces y siempre con grande trabajo....» Tales eran los síntomas que anunciaban al P. Isla su próximo fin. Once días ántes de él, escribe á su hermana la última carta, llena de cristiana resignación. «Tu carta de 16 de Setiembre me coge lleno de flatos, de vómitos, de continuas convulsiones, y de una molesta disenteria; pero, gracias á Dios, sin calentura. En dos días no ha entrado en mi cuerpo mas que una jícara de chocolate, pero han salido de él algunas azumbres de humor. Experimento algun alivio, *pero no tanto que pueda gobernar la pluma por mí mismo*. En mis años esto es poca cosa, y desear más, sería pedir golle-rías.

Hasta ahora no he pedido á Dios que á tí ni á mí nos dé la salud del cuerpo, sino mucha paciencia para merecer con los desórdenes de la máquina. Considera ahora si vamos acordes en nuestras oraciones....»

Tiene esta carta fecha de 21 de Octubre, y á 2 de Noviembre siguiente, espiraba el Padre Isla, rodeado de sus generosos protectores, á la edad de 78 años y medio. Sencillo, jovial y bondadoso le retratan las cartas de esta segunda época de su vida, lo mismo que las de la primera. Sin embargo, aquí, á través del estilo regocijado de muchos párrafos, vemos asomar la amargura. Ya su Mariquita no es solamente la hermana querida, su ahijada, es además su protectora, la que le envía dinero para socorrerle en su miseria, para ayudarle á no ser tan gravoso á sus bienhechores; ya no se firma Pp. ni la llama *gitana, gallegota, Maripacha* y otras expresiones de fraternal cariño: desde que llega á Italia, en todas sus cartas le da los títulos de «hija, hermana y señora mia,» y se firma, «tu amante hermano y servidor.» Ya sus cartas no revelan solamente un hermano cariñoso, revelan además un hombre agradecido.

No sé, lector mio, si habré acertado á escoger bien los trozos que mejor retraten al Padre Isla: no sé si habré entreabierto la ventana de su celda y el balcon de su aposento en el palacio Todeschi, lo bastante para que puedas conocerle: yo, que he leído su correspondencia entera; yo, que por lo tanto, he entrado en su habitación y he conversado con él, te aseguro que le he tomado cariño, y que siento dejar su compañía. Pero preciso es dejarla, que si la suya es agradable, acaso la mia no lo sea tanto para tí. Permíteme, no obstante, que de

la misma suerte que vuelve uno de cuando en cuando la cabeza, para ver una vez más al amigo de quien va á separarse acaso por mucho tiempo, vuelva otra vez á las cartas de nuestro buen jesuita, y te copie por despedida los consuelos que prodigaba á su hermana por la muerte de Nicolás, ocurrida en 1774.

Dice de esta manera: «Tarde llegan á mi noticia tus trabajos, y tarde llegan á tus trabajos mis consuelos. Pero estos, ¿de qué sirven? Los únicos que confortan son los del cielo. Estos creo que los habrás tenido muy pronto y muy eficaces. Así me lo prometen tu religión, tu piedad y tus talentos. Para nuestro amado Nicolás se acabaron ya las miserias de esta vida. No solo piadosa, sino prudentísimamente, se debe esperar que goza, ó está seguro de gozar la felicidad de la eterna, reflexionando cómo vivió la mayor parte de la temporal. Fiel á Dios, ejemplar al mundo, amado de todos é imitado de muy pocos. Envidio su suerte, compadezco la tuya, haciéndome cargo de las consecuencias que necesariamente se siguen á esta falta....»

«Tú te lloras viuda, y reducida á una cama casi siempre: yo me veo huérfano, sin madre, sin padre, sin cabeza, sin manos, y aun sin piés, precisado muchas veces á moverme en los ajenos, y sobre todo, mantenido de limosna. Aquel gran Dios que á ninguno desampara, te preparó á tí el apoyo de este insigne incomparable caballero, y á mí la caridad de estos dos nobilísimos y piadosísimos señores, aquel y estos tres originales, de los cuales se ven en el mundo tan raras copias.

Mientras tanto, divertámonos todos, tú con mis pobres obras y yo con tus preciosas cartas, que leo y releo frecuentemente, y nunca sin que los ojos revelen tiernamente los amorosos secretos del corazón.»

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

VIAJE Á TIERRA SANTA.

SINAI.

(Conclusion.)

Desde este paraje, la ascension es difícilísima. La fuerza del viento y la intensidad del frío aumentan, porque en los barrancos que dan al Norte nunca se derrite la nieve. Apenas se escala una cima, se presenta otra más empinada: los ojos fascinados, creen que es la última; redobla el peregrino sus esfuerzos, pero ¡vana esperanza! otra aparece, y nuevos picos suceden á los anteriores. El del Siná tiene un aspecto horripilante: por encima de las cabezas de los exploradores álzase agudas crestas de granito; á sus piés divisan abismos sin fondo, cuyo aspecto desvanece la vista. Al fin, como todo tiene término, se llega á la cumbre de la montaña, denominada

Rosch habar, desde donde el Señor dictó á Moisés los Mandamientos, sintiendo el alma una emocion profunda al contemplar aquella vasta escena de sucesos tan admirables. Desde aquella cima elevada se pierde la vista errando en una extension inmensa, sin poder fijarse mas que en peñascos destrozados, espectáculo, en verdad, de un horror sublime. El viento, que silba con fuerza, gime de una manera lúgubre entre las rocas que reflejaron un día la Majestad Divina; allí se ve la gruta, irregular y poco profunda, en donde se ocultó Moisés, mientras Dios pasaba, para no ser deslumbrado con el esplendoroso brillo de su gloria.

A los ojos de la fé, el Sinaí es una montaña Santa, y sus elevados picos serán visitados piadosamente hasta la consumacion de los siglos. Para el viajero indiferente, es un monte semejante á otros muchos de aspecto pintoresco, desde cuya cumbre, á siete mil piés de altura sobre el nivel del mar, puede gozar la vista de una perspectiva sin límites.

El monte de Santa Catalina es cerca de mil piés más elevado que el Sinaí; el Horeb es mucho más bajo; en todos ellos abundan los parajes consagrados por tradiciones sagradas. En el valle de Refidim se muestra la roca de donde Moisés hizo brotar aguas abundantes: es un peñasco enorme de granito, aislado sobre un suelo seco y árido; un reguero ancho, aunque poco profundo, le surca de alto á bajo. Hoy, como en tiempo de Moisés y de David, le llaman los árabes *Piedra de la Tentación*, y manifiestan tenerle una veneracion supersticiosa. No lejos de allí, se nota una pequeña excavacion, practicada en la roca por mano del hombre, indudablemente, que se cree sirvió de molde á Aaron para vaciar en ella el metal fundido del becerro de oro.

Sobre la cumbre del monte de Santa Catalina existen aun las ruinas de una capillita, erigida en lo antiguo en el lugar donde los ángeles depositaron el cuerpo de la gloriosa vírgen y mártir de Alejandría.

En nuestro próximo artículo terminaremos la excursion á la Arabia Petrea, describiendo las particularidades más notables de aquella region, y la ciudad que da nombre á toda la comarca, cuyo grabado ofrecemos á los lectores en el presente número.

H.

REAL Y PRIMITIVA ARCHICÓFRADIA

DE LA CARIDAD Y PAZ.

Existieron antiguamente en esta corte dos Archicofradías, creadas con el mismo objeto, pero en distintas épocas, que si bien procedían hermanadas desde tiempo inmemorial á cumplir los cargos de su instituto, tenían ordenanzas diferentes y diversa or-

ganizacion. El objeto de ambas corporaciones, era, desde su fundacion, prestar los auxilios temporales y espirituales á los reos condenados al cadalso, y dar sepultura eclesiástica á sus cadáveres y á los de los pobres que muriesen repentinamente sin domicilio conocido, y al mismo tiempo asistir á los enfermos.

A consecuencia de un pleito, sostenido por ambas Archicofradías, refundiéronse, como medio de conciliacion, en una sola, el año 1793, teniendo ésta derecho al goce de gracias, indulgencias, jubileos y prerogativas concedidas á las dos, y usando las insignias unidas de aquellas. Reuniéronse sus atributos en el estandarte, cetros y ornamentos, prefiriendo por su antigüedad la imagen de la Caridad, y comprometieron al sostenimiento del culto, adorno y demás gastos de las dos capillas que poseían en la parroquia de Santa Cruz.

La Archicofradía de la Caridad fué creada en 1421 por los reyes D. Juan II y su esposa Doña María de Aragon, para que hubiese constantemente quien rindiera culto á Nuestra Señora en el templo que mandó construir en las inmediaciones de Palacio en honor de la Purísima Concepcion de María, cuyo templo es el primero dedicado en Madrid á aquel misterio, y en la actualidad es la iglesia más antigua, situada cerca de la puerta de la Vega, en el lugar denominado Campo de Rey en otro tiempo, y que hoy se llama la parroquia de Santa María.

El año 1486, el abad de Nuestra Señora de Atocha, D. Garci-Alvarez de Toledo, fundó y unió á la citada iglesia un hospital para mujeres enfermas, dejando su cuidado y administracion á la Archicofradía, á cuyo cargo estuvo hasta 1537, en que, por mandato de Felipe II, se unieron todos los hospitales de Madrid al General, excepto el que fundó en 1552 el venerable Anton Martin, para enfermedades contagiosas. Siendo tambien parte del instituto primitivo de la Hermandad la asistencia á los enfermos, trasladó ésta la imagen de la Caridad á la iglesia de Anton Martin; pero por estar muy distantes de las cárceles de la corte, de donde salían los reos á los suplicios, tratóse de fijar la Archicofradía en la parroquia de Santa Cruz; á este efecto, compróse una parte de terreno, y se labró una capilla en 1590; el año 1627 tuvo que abandonarle, por necesitarse el terreno para la edificacion de la torre que hoy existe en dicha iglesia, y concedióse á la Hermandad otro equivalente, lo que se efectuó en 1660, dando lugar á un pleito, por la menor extension del local con que se la habia indemnizado. La capilla que entonces se fabricó es la que hoy posee, reedificada á consecuencias del horrible incendio que sufrió la iglesia el 8 de Setiembre de 1763, en que quedó casi destruida, y se quemó la imagen antiquísima de la Caridad, patrona de la Archicofradía, y regalo del rey D. Juan II. Su archivo contiene noticias interesantes y datos históricos muy curiosos, si bien hay que lamentar la destruccion de inestimables documentos en otro incendio que hubo el año 1620 en la sacristía de la parroquia. La Archicofradía de la Caridad, objeto de la proteccion de nuestros reyes y de los Pontífices, disfruta gracias, indulgencias y jubileos, concedidos en épocas diversas.

Felipe II y su esposa Doña Isabel de Walois, fundaron la Archicofradía de la Paz, en un hospital de enfermos incurables que existía en la calle de dicho nombre, regalándola la imagen que consumió el incendio de la parroquia de Santa Cruz, á la cual habia sido trasladada cuando se refundieron en dos los hospitales de la corte. El de la calle de la Paz se unió al de Anton Martin, y desde entonces ambas

Archicofradías perdieron su mision de asistir á los enfermos y sufrieron en Santa Cruz las mismas vicisitudes.

Esta es la historia, en breves rasgos, de la importante congregacion de la Caridad y Paz, cuyo abolengo es bien ilustre y su objeto altamente católico y laudable. Entre los privilegios de que disfrutaban sus hermanos, merece citarse la facultad de tener oratorio particular en sus moradas. Hoy día no tienen hospital, ni dan sepultura á los que mueren de repente, pero es porque las condiciones sociales se lo impiden.

Consolador es, el día terrible de las ejecuciones, ver una Hermandad ocupada en aliviar los últimos instantes del infeliz reo, infundirle resignacion, prestarle toda clase de auxilios, y adivinar y cumplir su voluntad postrera. Velar á su lado en las últimas noches de su vida, inscribirle como hermano suyo en los libros para que recaigan en él las indulgencias que disfruta, acompañarle hasta el patíbulo, presenciando el desgarrador espectáculo, cubrir su cuerpo con el hábito de San Francisco y no abandonarle un solo instante, hasta que la tierra toma para siempre posesion de lo que la pertenece. Y luego cumplir religiosamente su testamento, orar por su alma, hacer sufragios constantes para su salvacion y no dejar de hacer bien por los pobres ajusticiados, mientras exista la noble y benéfica asociacion, basada en la caridad y en la humildad más absoluta, pues los hermanos se prestan voluntariamente á las tareas más humildes para cumplir con el deber que se han impuesto, llegando su modestia hasta rehusar la cruz de Beneficencia con que ha querido honrarseles.

MANUEL RUBIN DE CELIS.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

I.

Juan y Teresa habian nacido él para ella y ella para él.

Ninguna muchacha de la aldea era más bella, ni más hacendosa, ni más discreta y juiciosa que Teresa, y ningun mozo podia competir con Juan en gallardía, nobleza de sentimientos y amor al trabajo.

Teresa tenia quince años y Juan diez y ocho, y entre los padres de uno y otro, estaba convenido, que apenas saliera el chico libre de la quinta, los casarian, persuadidos de que habian de formar una bella pareja, y dar á la patria unos cuantos robustos hijos, que los hijos y el trabajo nunca le estorban al pobre.

Por supuesto, que si el chico tenia la suerte, que así se llama, de caer soldado, entre ambos padres pagarian la cantidad señalada por la ley para redimirle, porque aun tenían ambos padres algunas fanegas de trigo que vender, aunque despues de vendidas y pagado el sustituto se quedarian sin un ochavo de ahorros.

Iba á decidirse la suerte de Juan, iba á sa-

carce la quinta en el pueblo, cuando un horrible incendio redujo á cenizas seis casas, y á la más espantosa miseria á seis pobres familias.

Estas familias, sin casa ni pan, vagaban por el pueblo, implorando la caridad de sus convecinos; pero éstos eran muy pobres, y muy escasos, por consiguiente, los recursos que podían proporcionarlas.

Una madre que criaba á su hijo, le había visto morir de hambre en sus brazos.

Un anciano paralítico se había vuelto loco al ver que las llamas entraban por la ventana de su aposento.

Un honrado jóven, único apoyo de sus padres sexagenarios, se había quedado ciego en el incendio.

Juan y Teresa veían con dolor profundo aquellas horribles desgracias, y una noche, dos días ántes de hacerse en el pueblo el sorteo de la quinta, dijo Juan á Teresa:

—Teresa, ¿no es verdad que debemos tener confianza en que Dios no nos abandonará?...

—Él me libre de dudar de su infinita misericordia, contestó la bella jóven.

—Pues bien, repuso Juan, me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Tú sabes que tu padre y el mío tienen reservadas algunas fanegas de trigo para *comprarme un hombre*, en el caso de que la suerte no me quiera favorecer en el sorteo....

—Sí, mi padre lo ha dicho.

—Pues bien: ántes que yo son nuestros desgraciados vecinos, que se mueren de hambre, que han perdido cuanto tenían. ¿Quieres, Teresa, que les demos lo que nuestros padres me darán para librarme de ser soldado, y que si no me toca la suerte será nuestro regalo de boda?...

—¡Ay! Juan, ¿y si caes soldado y no te puedes librar luego?...

—Hija mia, si no hiciéramos eso por los desgraciados, me parece que tendría toda mi vida una pena, y una angustia y un remordimiento....

—¡Dios mío! murmuró sollozando Teresa,

¿y si te vas á ser soldado, y te matan en la guerra?...

—No querrá Dios que eso suceda, Teresa de mi alma.

—Pues mira, no digas nada á tu padre hasta mañana.... Pensémoslo esta noche.... Yo necesito que Dios me dé fuerzas para exponerme al peligro de perderte.

El día siguiente, Juan y Teresa convinieron en que nunca, en ninguna circunstancia de la vida, se debe retroceder ante sacrificio alguno, si de este sacrificio ha de resultar el bien del prójimo.

El pueblo, por otra parte, comenzaba á murmurar de los padres de Juan y Teresa, que tenían trigo en el granero y no querían venderlo barato para los pobres, y ménos socorrer á las víctimas del incendio.

Y las mozas, al salir de la iglesia, habían

vaban, y tanto y tanto suplicaron, que aquella misma noche el trigo se repartió entre las familias más necesitadas del pueblo, que colmaron de bendiciones á los dos viejos y á los dos jóvenes, que tan inmenso sacrificio hacían, quizá el de todo su porvenir.

Juan sacó en el sorteo el número 1, y no hubo más remedio, fué soldado.

II.

Juan tenía un enemigo, pero un enemigo muy temible, porque se fingía amigo.

—Andrés, que así se llamaba el enemigo de Juan, era un mozo como un trinquete, de mirada torva y pocas palabras, que solía pasarse horas enteras sin abrir la boca mas que para bostezar, y sin levantar los ojos del suelo, donde debía habersele perdido algo, según el

afán con que iba buscando siempre; solamente cuando pasaba cerca de Teresa, levantaba los ojos y fijaba una ardiente siniestra mirada en el bellissimo semblante de la novia de Juan.

Teresa no conocía el amor ardiente, apasionado, rencoroso y terrible que se ocultaba en el pecho de Andrés, y aunque no le era muy simpático que digamos el tal Andrés, le

ponía buena cara y le adulaba, porque era amigo de Juan, y éste le profesaba un verdadero amor fraternal.

Andrés también cayó soldado, y el día en que perdió su libertad por ocho años, fué el único día que se le vió alegre, satisfecho, con la cabeza erguida, al mismo tiempo que los demás quintos volvían tristes al seno de sus familias, con la pena de separarse de la madre cariñosa y del hermano querido, y con las incertidumbres de ocho años de una vida completamente desconocida para ellos. Andrés sabía que, siendo Juan soldado, no había de celebrarse la boda concertada, y bendecía la suerte que sujetaba al único hombre que había logrado interesar el corazón de la mujer que él deseaba ardientemente.

Nadie extrañó que Andrés recibiera con alegría la noticia de su nuevo destino, porque



VIAJE Á TIERRA SANTA.—RUINAS DE PETRA.

cuchicheado señalando á Teresa, mirándola con cierto desden, y los mozos se alejaban de Juan y empezaban á *tomarle tema*, no solo porque su padre y él nada daban para los pobres, sino porque ya sabían que mientras algunos de ellos cargarían con el chopo, él podría pagar un hombre y cargar con una mujer, que aunque á veces suele pesarmucho más que un fusil, era la más bonita diez leguas á la redonda, y la que había dado sendas calabazas á más de dos y á más de cuatro.

A los padres de los novios los llamaban ya *los dos viejos avarientos*, y hasta hubo entre aquellos mozallones alguno que propuso pegar fuego á las casas de los dos vecinos, que tenían trigo y no se lo daban á los pobres.

El resultado de todo esto, fué que Juan y Teresa pidieron á sus padres encarecidamente que diesen á los pobres lo que para ellos reser-

no tenía madre, ni padre, ni hermanos, y por que un tío, con quien vivía, era un viejo rico y avaro, que siempre le había tratado con dureza y hasta con crueldad, y todos creían que ser soldado era para Andrés una fortuna, no solo porque se vería libre de su tío, á quien poco ó nada tenía que agradecer, sino porque con la vida militar, con el trato de sus compañeros de armas y con *ver mundo*, sufriría notable y provechosa modificación su carácter encogido y sombrío.

Llegó el día en que los quintos del pueblo debían ser entregados en caja.

Aquel día, Teresa lloró más que todos,— que todos lloraban aquel día, menos Andrés, que contemplando á Juan y á Teresa, era el único en cuyo rostro se pintaba la alegría y la satisfacción,—puso al cuello de Juan un escapulario de la Virgen del Carmen, y estrechando la mano de Andrés, suplicó á éste que fuese siempre amigo y hermano leal de su prometido, que pidiese servir en el mismo regimiento, y que no le abandonase nunca, si llegara á caer enfermo ó si le herían en un combate.

La pobre niña no advirtió que la mano de Andrés ardía y temblaba en la suya, y no leyó en sus ojos una siniestra mirada de odio dirigida á Juan, que con la cabeza inclinada sobre el hombro de su anciano padre, lloraba también, pensando quizá que acaso no volvería á besar aquellas venerables canas, ni á realizar los sueños de felicidad que pocos días antes le alhagaban, cuando ya se creía dueño y esposo de su Teresa.

Las familias socorridas por los padres de Juan y Teresa conocieron entónces, al ver partir para el ejército á Juan, toda la abnegación del sacrificio hecho en su favor, y se avergonzaron de sus injuriosas sospechas y de haber encarecido la avaricia y el egoísmo de los desdichados padres de la infeliz pareja.

Sonaba el toque de ánimas cuando los diez soldados que el pueblo daba á la patria para su defensa salían al camino de Madrid, y abandonaban, quizá para siempre, el amado inolvidable lugar de su infancia, de sus alegrías y de sus amores.

Al oír la primera campanada del toque de ánimas, todos se descubrieron y se arrodillaron, pidiendo á Dios los acompañase con su protección y su misericordia en la vida de azares y peligros en que iban á entrar, y guardase la vida y la tranquilidad del padre anciano, de la afligida madre, de la hermana candorosa y de la tierna amante.

Andrés fué el único que no rogó á Dios por él ni por nadie, que no puede esperar nada de Dios, quien esclavo de viles miserables pasiones, da abrigo en su alma al odio y á la envidia.

Y cuando cesó el toque de ánimas, pusieron en marcha los nuevos soldados, á quienes los soldados viejos que los acompañaban referían todos los episodios, todas las ventajas y todas las quiebras del oficio, procurando distraer y alegrar á los pobres mozos, aunque no era aquella en verdad la ocasión más oportuna para que les pareciese la vida militar vida alegre, divertida y preferible á la monótona y tranquila de la aldea.

Cuatro días después, los quintos hacían su entrada en Madrid, y eran incorporados á los regimientos, siéndolo á uno mismo Andrés y Juan, por el deseo que éste manifestó de no separarse de su amigo, de su hermano de la infancia.

III.

Teresa, lo primero que hizo apenas perdió de vista á Juan, fué irse corriendo á casa á escribirle una carta, que en Madrid tenía un primo á quien dirigírsela, para que la entregara á su prometido.

Así es, que lo primero que encontró Juan al llegar á Madrid fué el primo con la carta, y la carta con el primo.

La carta estaba mal, pésimamente escrita, pero perfectamente sentida, y había en ella más amor que en diez novelas juntas, con la diferencia de que era amor puro y verdadero.

Juan, con la alegría que le dió la carta, rió, lloró, abrazó á todos sus compañeros y hasta al cabo que les había acompañado á Madrid, que era, Dios me perdone, bastante arrimado á la cola, y corrió á leérsela de la cruz á la fecha á su amigo Andrés, que algo extraño debió sentir en su espíritu, que se le puso el rostro de cien mil colores al oír las tiernas frases y los sinceros juramentos de la carta, y descargó sobre Juan, en una mirada, el odio más profundo y el más tenaz deseo de venganza.

Juan se hizo querer pronto de sus jefes y de sus compañeros, por su bondadoso carácter por su facilidad para aprender todos los pasos, todos los ejercicios y todos los manejos conocidos, por su limpieza y por su apostura y gallardía, que no había uno á quien sentara mejor el uniforme y con más gracia se pusiera las prendas militares, y que más llamase la atención de las criadas, niñas, doncellas y demás individuos del *ramo* que monopoliza desde hace mucho tiempo los sensibles corazones de los defensores de la patria.

Andrés era el reverso de la medalla: rebelde, torpe, descuidado, sucio y perezoso, había logrado en poco tiempo la antipatía de sus jefes y compañeros, y más de una vez había merecido reprensiones de los primeros; Juan, que se interesaba por él y quería evi-

tarle humillaciones y castigos, le aconsejaba y le predicaba sin cesar, y le limpiaba la ropa y el fusil, y hacía por él lo que un padre cariñoso haría con su hijo. Todos estos favores, en vez de dar por resultado la gratitud y la amistad, acrecentaban el odio que Andrés profesaba á Juan, odio voraz é inextinguible, que hacía de Andrés el más desdichado de los hombres, porque Andrés no dormía ni hallaba reposo ni alegría, y estaba en perpétua angustia al lado de aquel hombre, cuya existencia era el obstáculo que el destino había puesto entre él y Teresa, á quien amaba, aunque esto parezca una contradicción, con un amor que era despecho y odio; y la situación de Andrés era tanto más horrible y desesperada, cuanto que el mismo á quien odiaba era el que más le amaba, el que con más afecto le trataba, el que con más abnegación y desinterés le servía, el que por él se desvelaba sin cesar, compadecido de la orfandad en que vivía el pobre Andrés, como él le llamaba, y deseoso de modificar aquel carácter sombrío y mal intencionado, que tanto daño podía hacerle en el mundo, y sobre todo, en la vida militar, á que la suerte le había destinado.

Y para modificar el carácter de Andrés, lo que hacía Juan era hablarle del amor que tenía á Teresa, amor que era para él un tesoro de felicidad y de esperanzas, y le enseñaba las cartas que la escribía, y las que él recibía de ella, y le aconsejaba que, siguiendo su ejemplo, amase también á alguna muchacha honrada y hacendosa, con la que se casaría en cumpliendo el tiempo del servicio, como él pensaba hacerlo apenas recibiera la codiciada licencia.

Y el odio de Andrés aumentaba cada vez más.

Pasaron años, y llegó un día en que la patria agraviada encomendó á su ejército valiente su desagravio, y el regimiento de Juan y Andrés fué uno de los destinados á la honrosa empresa de combatir por el buen nombre español.

Juan no sintió miedo al pensar en los peligros á que iba á exponerse; lo que sintió fué el noble impulso de su corazón español, y el orgullo de ir á combatir por la patria, que era la de sus padres y la de la mujer amada.

Andrés sintió miedo, miedo de morir sin cumplir su venganza, miedo de no poder estorbar la felicidad de Teresa y Juan, si éste salía ileso de la campaña.

Ya pueden figurarse mis lectoras, que se lo figurarán mejor que mis lectores, qué efecto causaría la noticia de la guerra en el angustiado ánimo de Teresa.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

ARSENIO A PABLO.

HEROIDA.

Del mundo y de los hombres olvidado
tu fiel amigo, tu feliz Arsenio,
á tí, querido Pablo, se dirige,
seguro siempre de tu puro afecto.

En estas asperezas donde vivo,
como el antiguo habitador del yermo,
el hórrido clarín muerte y ruína
anunciando fatal sonó guerrero;

cuando las poblaciones y llanuras
vencedor dominando el agareno,
el español su libertad y culto
conservó entre los montes encubierto.

Mis ardientes gemidos y plegarias
hoy tan solo interrumpen el sosiego
de la muda mansion, que al desengaño
ofrece favorable acogimiento.

Renunciando á las pompas mundanales,
visto sayal de penitencia austero,
y del cilicio sufre la aspereza
á pesar suyo mi rebelde cuerpo.

La veneranda cruz, emblema augusto
de paz y de perdon, es mi consuelo;
los duros ejercicios mi delicia,
y mi gloria el humilde abatimiento.

Todos los días, mi afanosa diestra
abre la huesa fría, en cuyo seno
esperarán heladas mis cenizas
de la final trompeta el llamamiento.

Todo á loar á Dios aquí me mueve;
el astro de la luz con sus reflejos,
y la noche sombría y tenebrosa
con su sagrado horror y alto silencio.

Mil cánticos excitan en mi labio
el trino de las aves lisonjero,
el hórrido bramido de las fieras,
y el zumbido sutil de alado insecto.

El abeto gigante, el arbolillo,
el junco y el arbusto más pigmeo,
la matizada flor, la verde grama,
elevan al Señor mis pensamientos.

El río de corriente impetuosa
con su plácido curso el arroyuelo,
de nuestra frágil presurosa vida
presentan á mis ojos un remedo.

En la leve arenilla, que conmueve
el aura imperceptible con su aliento,
no ménos que en las altas cordilleras,
del Criador la omnipotencia veo.

La deliciosa y apacible calma,
la tempestad, el huracán violento,
el bronco trueno y tremebundo rayo,
á la meditacion mueven mi pecho.

Adios las diversiones y las risas,
adios los engañosos pasatiempos,
y vanas alegrías que falaces
el fruto del dolor me produjeron.

No puedo dignamente, Pablo mío,
hacerte la pintura del suceso,
que á dejar obligóme para siempre
del mundo seductor los devaneos.

Al tiempo que la noche pavorosa
ejerce de sus sombras el imperio,
por solitaria selva caminando,
llegué en fin á perder todo sendero.

La luna plateada no lucía;
las estrellas velaban sus reflejos,
ni por todo aquel largo despoblado
de choza pastoril brillaba el fuego.

Auméntase el horror, al apiñarse
enormes grupos de nublados densos,
como fúnebre paño de tristeza,
que cubre un ataúd, quedando el cielo.

En pos de lengua aterradora calma,
reluchan roncós los airados vientos,
y de llamas un mar semeja el éter,
cruzándose relámpagos diversos.

Irritado el Señor sobre las nubes,
con su diestra recibe justiciero
los encendidos rayos, que temblando
cien ángeles y cien le están sirviendo.

Lánzalos con furor, al estallido
parece desquiciarse el firmamento,
y heridas de su mano abrasadora
se ven las cumbres cual volcan ardiendo.

Despavoridas, en tropel confuso
dejan las fieras el oculto centro
de sus cavernas cóncavas, y aullando
corren por todas partes con pié incierto.

Mi corazón palpita de congoja;
mis plantas titubean con el miedo,
y la sobresaltada fantasía
á la muerte descubre en cada objeto.

De asombro y ansiedad sobrecogido,
agobiado de tristes pensamientos,
ni bien osó alargar el tardo paso,
ni entre peligros tantos estar quedo.

Entre dudas y angustias indeciso,
sin fuerzas ni valor ya desfallezco,
cuando pálida antorcha moribunda
á mi vista se ofrece allá á lo lejos.

No tan activo al descubrir el faro
sus afanes redobla el marinero,
como yo hacía la luz de mi esperanza
no sin mortal zozobra mis piés nuevo.

Receloso, bañado en sudor frío,
llego por fin al brillo macilento,
y en derredor mirando, los escombros
vislumbró de arruinado cementerio.

Su amortiguada lámpara presenta
á mis ojos deformes esqueletos
en mil y mil sepulcros derruidos,
que la mano profana abrió del tiempo.

Esperando del alba deseada
el dulce albor, á mi pesar me siento
de cien generaciones fenecidas
sobre los frios hacinados restos.

Y al punto me parece que la tierra
se abre abortando colosal espectro,
de espantadora faz, hundidos ojos,
piel arrugada y descarnados huesos.

Su amenazante ensangrentada diestra
en torno blande matador acero,
con orgulloso pié tiaras hollando,
bastones, lauros y quebrados cetros.

Altanera señala hácia las tumbas,
y con el hondo y sepulcral acento

que la sublime eternidad inspira,
así me dice el misterioso Genio:

«Mira, ciego mortal, esas figuras,
»mira, ciego mortal, esos espejos,
»donde sin halagüeñas ilusiones
»hallarás tu retrato verdadero.

«El poder, la opulencia, la hermosura,
»los honores, las glorias, el ingenio,
»todo yace en el polvo, todo es.... nada
»en esos olvidados monumentos.

«La grandeza y blasones de la tierra
»son aquí de una sombra el falaz sueño,
»el fulgor de meteoro inflamado,
»de lisonjera voz los vanos ecos.

«Miserable mortal, que la esperanza
»en un brillo cifraste pasajero,
»la virtud solamente es astro hermoso
»que nunca extinguirá su lucimiento.

«Todo sucumbe á la guadaña mia:
»El justo solo triunfa, pues muriendo,
»la fugitiva luz de su existencia
»nuevo esplendor adquiere sempiterno.

«Así el gigante lumínar del mundo
»parece de los mares en el centro
»sus rayos apagar, y los ostenta
»con toda brillantez á otro hemisferio.»

Así dice la Muerte, y desaparece
de la presencia mia; yo despierto
de profundo letargo, embebecido
en oír todavía sus consejos.

Ya el ángel que gobierna el sol radiante
sonreía en el puro firmamento,
y serenado el éter, la bonanza
con himnos aplaudía el Universo.

Levántome del polvo, y divisando
este apacible páramo desierto,
consagro aquí mis postrimeros días
á la santa virtud, hija del cielo.

GASPAR BONO SERRANO.

LA CUNA VACÍA.

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
y cantando á su oído, dijeron:
«Vente con nosotros.»

Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno,
y agitando los brazos, les dijo:
«Me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

—
De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró á la mañana siguiente
la cuna vacía.

J. SELGAS.

MISCELÁNEA.

El Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, ha dirigido al clero y pueblo de su diócesis una circular dándoles á conocer el Rescripto de Su Santidad, y el Real decreto y Real orden del señor Ministro de Gracia y Justicia sobre días festivos. Al pie de los expresados documentos, el Emmo. señor Cardenal dice lo siguiente:

«La Real orden que al principio precede demuestra bien que el gobierno de S. M., solícito de que se extirpen los abusos, que no pocas veces hemos denunciado, está resuelto á secundar las disposiciones que dicten los prelates para la guarda de los preceptos de la Iglesia. Esta promesa, propia del celo del gobierno de la Reina católica, la esperábamos, y la agradecemos. Empero, tendremos necesidad de implorar el auxilio de la autoridad real para que nuestros diocesanos cumplan con el deber religioso de santificar las fiestas. No. Saben todos que *non est qui plantat, neque qui rigat* el que da más pingües cosechas, sino *qui incrementum dat Deus*. De Dios, y solo de su divina largueza recibimos el incremento de nuestras labores y el fruto del sudor empleado en ellas. Así nuestros padres, no contaminados con ciertas teorías de una ciencia que en verdad no es completa ciencia, nos dejaron ejemplos para santificar el trabajo, logrando hacer más holgada su situación que la que nosotros disfrutamos.

No condenamos por esto, ni era posible condenáramos los adelantos del ingenio humano, ni dejamos de estimar se aproveche el tiempo para el fomento de la riqueza pública; pero como no solo *de pan vive el hombre*, sino que le conviene escuchar y meditar la palabra divina que vivifica el alma, y obrar según ella prescribe, de aquí que los días santificados en las fiestas de la Iglesia nos sirven, no solo de reposo, sino de nutrir nuestras almas con el alimento que las fortifica, para ofrecer á Dios el holocausto de nuestra gratitud, y darle las alabanzas que le son merecidas por los muchos bienes que nos dispensa.

Por esto es, que venerando la resolución de nuestro santísimo Padre, y acatando lo convenido con Su Majestad la Reina según las preces dirigidas por su gobierno, fiados en la proverbial religiosidad de nuestros diocesanos, como fía el mismo santo Padre, sin que rezelemos den lugar á que les castigue la autoridad civil, esperamos que oírán á nuestros venerables Párrocos, Eónomos y Coadjutores, á quienes mandamos que al leer estas nuestras letras á sus feligreses, y repetidamente en otros días, cuando les expliquen las verdades del Evangelio, reiteren sus instrucciones de los actos provechosos, con los que harán meritoria la santificación de las fiestas, á cuya observancia somos obligados los que nos preciamos de católicos. Nuestros Vicarios y los Arciprestes nos darán cuenta de la exactitud con que en las parroquias de sus respectivos partidos se cumple con esta nuestra exhortación y mandato.

Debemos prevenir, que quedando subsistentes

las fiestas actuales durante este año el 15 de Noviembre, día del glorioso San Eugenio, uno de los patronos del Arzobispado, es día de fiesta completo, mientras el Sumo Pontífice designa entre los dos que con tanta justicia veneramos, el que debe quedar, para que en su día dejen todos de ocuparse en obras serviles.

En testimonio de nuestro paternal afecto y tierna solicitud, damos á nuestro venerable clero, y á todos nuestros diocesanos, nuestra paternal bendición, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro palacio arzobispal de Madrid, á veintinueve de Julio de mil ochocientos sesenta y siete.—Fr. Cirilo, Cardenal de Alameda y Brea, Arzobispo de Toledo.—Por mandado de S. E. Emcía. El Cardenal Arzobispo, mi señor, Dr. D. Antonio Ruiz y Ruiz, secretario.»

Ha vuelto á ver la luz pública en esta corte el periódico bihebdomadario *El Espíritu Católico*. Felicitamos á nuestro colega por su oportuna reaparición.

El Semanario católico elogia en un artículo bibliográfico, suscrito por don Ramon Ortiz de Zárate, el devocionario en verso, que con el título de *Diario del cristiano* acaba de dar á luz en Vitoria el joven escritor Sr. Perea.

Su Emma. Rma. el señor Cardenal Arzobispo de Toledo, ha dispuesto que se celebren por el Excelentísimo Sr. Obispo auxiliar, órdenes generales en Madrid en los días 20 y 21 de Setiembre próximo. El día 11 ha espirado el plazo para la presentación de solicitudes.

También los M. RR. prelados de Valladolid, Lugo, Tarazona y Guadix, han determinado celebrar órdenes en las próximas Temporadas de San Mateo. Los plazos para presentar las solicitudes en las dos últimas diócesis, espiran respectivamente en los días 18 y 24 del presente mes.

Las persecuciones de que son objeto en China las misiones católicas se han recrudecido. Por el último correo se dice que habían sido martirizados en fin de Febrero tres catecúmenos y un cristiano recientemente bautizado.

He aquí cómo describe el *Boletín Eclesiástico* de Sevilla el regreso del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de aquella diócesis:

«A la una de la tarde del martes 30 de Julio, ha regresado felizmente de su expedición á la Ciudad Eterna nuestro Emmo. y Rmo. Prelado. En la estación del ferro-carril de Córdoba le esperaba el señor Gobernador de la diócesis, con varias respetables comisiones del clero catedral y parroquial; y, dirigiéndose Su Emma. á la santa metropolitana iglesia, entró en ella por la puerta llamada de San Mi-

guel, donde le recibió el Ilmo. Cabildo en cuerpo. Hecha luego oración en la capilla mayor, se entonó por el coro un solemne *Te-Deum*, que ofició el señor Dignidad de Capellan mayor de San Fernando, dando luego Su Emma. Rma. la bendición pastoral, con la acostumbrada concesión de indulgencias.

Pasó luego nuestro Emmo. Prelado á su palacio, en cuyo átrio de la escalera se hallaban el Sr. Mayor-domo mayor con todos los empleados de las oficinas y dependencias arzobispales, y numeroso concurso, ansiosos todos de besar el anillo de Su Emma. y felicitarlo. Constituido luego el Sr. Cardenal en el salón bajo de corte, recibió afablemente á los individuos del Cabildo, capilla real y beneficiados, al tribunal eclesiástico, empleados de secretaría y administración, profesores del seminario, curas párrocos y otros eclesiásticos particulares. Las autoridades civiles y militares acudieron también á cumplimentar á Su Emma. por su feliz regreso y por las honrosas y altas distinciones que ha merecido en la capital del mundo católico.

Ha fallecido en Córdoba el Sr. D. José Eguilior, dignidad de maestrescuela de aquella catedral. Seale la tierra ligera.

Según nos dicen de Palma, el día 4 tuvo lugar en la iglesia parroquial de Santa Eulalia la bendición de la nueva capilla de la devota efigie del Crucifijo de los Apestados, erigida á expensas de la piedad de D. Manuel Sureda y Boxador, y siendo los padrinos la señorita doña Ana Sureda y Veri y D. Tomás Sureda y Zaforteza. La religiosa ceremonia fué celebrada por el Sr. D. Bartolomé Castell, canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral y regente de la parroquia. En la misa mayor predicó el P. Raimundo Sureda, de la Compañía de Jesús, trazando á grandes rasgos el culto que debemos rendir á la prodigiosa efigie del Santo Cristo de los Apestados. El auditorio era extraordinariamente numeroso.

Encuéntrense actualmente en París tres patriarcas de Oriente; el patriarca maronita, el griego y el de Cilicia. Los tres han asistido en Roma á las fiestas del centenario de San Pedro. Desde tiempo inmemorial no se habían encontrado tres patriarcas de Oriente en tierra extranjera.

Según el Anuario militar pontificio correspondiente á este año, el ejército del Papa cuenta 584 oficiales, de los cuales 410 son indígenas y 174 extranjeros. De los últimos hay 100 franceses, 40 suizos, 12 alemanes, 6 belgas, 2 españoles, 4 irlandeses, 2 holandeses y 2 polacos.

Solucion al geroglífico anterior.

CUÁNDO DIOS QUIERE, Á TODOS AIRES LLUEVE.

EL EPISCOPADO ESPAÑOL.

GALERÍA BIOGRÁFICA CONTEMPORÁNEA,

QUE COMPRENDE

Á TODOS LOS RR. ARZOBISPOS Y OBISPOS QUE OCUPAN EN LA ACTUALIDAD LAS SILLAS DIOCESANAS

DE

ESPAÑA Y SUS POSESIONES.

Estamos preparando los trabajos necesarios para emprender muy en breve la publicación de esta interesante GALERÍA, que nos proponemos dar á luz en las columnas de EL MUSEO CATÓLICO, como una muestra de nuestro incesante celo por elevar esta publicación á la altura á que por su objeto la corresponde.

Cada número de EL MUSEO contendrá una extensa biografía y un magnífico retrato en madera, correspondiente á uno de los ilustres prelados españoles que gobiernan actualmente nuestras diferentes diócesis eclesiásticas, llegando de este modo á constituir una obra completa, cuyo interés, para nuestros suscritores excusamos encarecer.

Esperamos empezar muy en breve, como hemos dicho ántes, la publicación de tan importante GALERÍA.

EL MUSEO CATÓLICO,

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

Sale á luz en los días 15 y último de cada mes.

Consta cada número de dos pliegos en folio, que componen diez y seis páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relación con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administración. 14	26	50	
{ Por medio de los comisionados..... 15	29	56	
EUROPA..... { Giro directo, francos..... 5	9,50	17,50	
{ Por comisionado, id..... 5,50	10,50	20	
ANTILLAS..... { Directamente, ps. fs..... 2	4		
{ Por comisionado, id..... 2,12	5		
AMÉRICA Y OCEANÍA. { Por giro, ps. fs..... 6			
{ Por correspondencia, id..... 7			

Administración, Hileras, 4, bajo.

Por lo no firmado,

El secretario de la redacción, F. L. DE HENALES.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.